Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXXVII | San José, Costa Rica **1940** Sábado 20 de Abril | Núm. 11

Año XXI — No. 891



Contenido:

En el décimo aniversario de la muerte de José Carlos Mariátegui

(Colaboración para el *Rep. Amer.*)



José Carlos Mariátegui

(Por *Julia Codesido*).
Lima 1929.

I

Hasta la fundación de "Amauta", revista hispanoamericana de orientación social bien definida, que sirvió principalmente para revelarnos a su propio director, José Carlos Mariátegui, nuestro idioma carecía de un verdadero teórico revolucionario.

Cierto que, al promediar el siglo pasado, habían salido del mismo Perú: Flora Tristán; de Cuba: Pablo Lafargue; y más tarde, de Venezuela: Daniel de León. Pero ninguno de los nombrados, y hoy renombrados, llega por razones fáciles de explicar, a escribir en español.

A principios de este siglo, el argentino Juan B. Justo, antes de componer "Teoría y Práctica de la Historia" traduce al castellano el primer tomo de *El Capital* no obstante disentir fundamentalmente del marxismo. Bernsteiniano hasta la médula, el doctor Justo determina la corriente pequeñoburguesa del Partido socialista que fundaron con él en Buenos Aires algunos emigrantes alemanes bajo la directa inspiración de Engels, en 1895. Dicha corriente, bastante estática, después de todo, sólo brinda en ambas orillas del Plata una larga serie de oradores más o menos inflamados, sin superar ni siquiera el romántico "Dogma Socialista" de Esteban Echeverría.

En España, tan cara al espíritu de Marx, no se da tampoco, desde Pablo Iglesias hasta Julián Besteiro, un teórico de orden revolucionario. Así que José Carlos Mariátegui viene a ser en verdad el primero que merece el título de escritor marxista en castellano. Y tal vez el único.

A la entrega inicial de "Amauta" precedieron estas palabras suyas, definitivas: "Habrá que ser muy poco perspicaz para no darse cuenta que al Perú le nace en este momento una revista histórica".

Todos, hasta algunos de sus adversarios ideológicos más conspicuos, se dieron cuenta en el acto de la conciencia que entrañaba tan justiciera apreciación. Porque "Amauta", como insinuamos de entrada, era en primer lugar el mismo Mariátegui. Quien tocaba la revista, podría decir, parafraseando a Whitman, que tocaba a un hombre.

II

Hay revistas que valen por la calidad de sus colaboradores o la inteligente disposición de sus materiales, y revistas cuyo más alto mérito está en el trabajo asiduo de su director. No tenemos por qué repetir que "Amauta" era de estas últimas, puesto que ya aseguramos que valía sobre todo por el aporte personal de Mariátegui. El Amauta Mariátegui, dijo alguien desde un principio, confundiendo al órgano con su organizador. Y así el nombre incaico al que la revista no daba mayor importancia en su acepción original, vino a ser también un título para su piloto.

En "Amauta" aparecieron mes a mes, durante varios años, las mejores páginas de José Carlos Mariátegui. Gran parte de sus "Siete ensayos para una interpretación de la realidad peruana"; toda su "Defensa del Marxismo"; y numerosos artículos sobre arte y literatura, además de varias notas anónimas, no por eso menos valiosas.

Tal vez valga la pena recordar en primer término una de ellas y su historia. La revista había sufrido un serio tropiezo con la policía de Lima y el director de "Amauta" explicaba a sus lectores el retraso en la aparición. Ese era el motivo de la nota; un motivo cada vez más frecuente en el mundo actual y sobre el que se han escrito sin duda millares de artículos innocuos. Pero Mariátegui, que ponía su talento de escritor en cada línea que salía de su pluma, escribe de paso las siguientes palabras que importa mucho recoger en su integridad para ubicarlo entre nuestros contemporáneos:

"La época de la libre concurrencia, en la economía capitalista, ha terminado en todos los campos y en todos los aspectos. Estamos en

la época de los monopolios, vale decir de los imperios. Los países latinoamericanos llegan con retardo a la competencia capitalista. Los primeros puestos están ya, definitivamente, asignados. El destino de estos países dentro del orden capitalista, es el de simples colonias. La oposición de idiomas, de razas, de espíritus, no tiene ningún sentido decisivo. Es ridículo hablar todavía del contraste entre una América sajona materialista y una América latina idealista, entre una Roma rubia y una Grecia pálida. Todos estos son tópicos irremisiblemente desacreditados. El mito de Rodó no obra ya—no ha obrado nunca—útil y fecundamente sobre las almas. Descartemos, inexorablemente, todas estas caricaturas y simulacros de ideología y hagamos las cuentas, seria y francamente con la realidad."

Hacer las cuentas franca y lealmente con la realidad en vez de escamotear sus resultados tras los abalorios de la retórica escolar, he ahí lo que intentó Mariátegui, de "La Escena Contemporánea" hasta su "Invitación a la vida heroica", pasando por las páginas de *Amauta,* que habían de constituir su libro, "El alma matinal y otras estaciones del hombre de hoy".

La literatura no era para José Carlos Mariátegui una categoría independiente de la historia y de la política, sino una representación perdurable de éstas, que al fin y al cabo determinan en forma práctica el sentido social de la vida humana. Por eso no tuvo empacho en llenar buena parte de *Amauta* con toda clase de experiencias artísticas, tan discutibles por lo general como los mensajes idealistas de Vasconcelos, Palacios y Haya de la Torre a las juventudes...

(Solo con este último, quizá por ser de su misma tierra, tuvo el director de *Amauta* ocasión de romper lanzas en una polémica resonante, de la que se recuerda todavía una frase cáustica contra la jefatura del APRA, "esa vedette prosopopéyica").

Pero se equivocan de medio a medio quienes, fundándose en las concomitancias literarias de *Amauta,* hacen ahora de Mariátegui una especie de precursor del frente-populismo entre nosotros. Sus libros y ensayos no permiten tal suposición. Por otra parte, una carta particular que hicimos pública en *Babel* antes de su muerte, contiene el siguiente párrafo que tampoco deja lugar a dudas:

"Soy revolucionario. Pero creo que entre hombres de pensamiento neto y posición definida es fácil entenderse y apreciarse aun combatiéndose. Sobre todo, combatiéndose. Con el sector político con el que no me entenderé nunca es el otro: el del reformismo mediocre, el del socialismo domesticado, el de la democracia farisea".

Imposible, pues, invocar ahora, de buena fe, un Mariátegui circunstancial, fingido según el cartabón de la ortodoxia imperante, para que sirva de modelo a los jóvenes amaestrados en la obediencia católica del *credo quia absurdum.*

A deshacer este vergonzoso equívoco en la medida de nuestras fuerzas, tienden las presentes notas de homenaje al gran líder e inolvidable amigo que murió cuando más falta hacía el ejemplo diario de su vida y de su obra.

III

José Carlos Mariátegui era un hombre y un escritor sin dobleces. De humilde alcanzarejones en la imprenta de un diario de Lima, llega a convertirse en su redactor principal. Pero poeta decadentista y estrafalario por obra del ambiente y de la época, no está seguro de haberse *elevado* de acuerdo con su propia índole. La vida bohemia no lo hace feliz. Se cree inútil a pesar del talento que todos le reconocen. La Revolución Rusa lo arranca al fin de su sopor como a muchos otros pequeños poetas en el mundo, haciendo de él a la distancia un gran líder de su país, primero y de su continente, después.

Sobre sus mejores años de preparación y vagabundaje en Europa —Italia, Francia, Alemania — tenemos el testimonio de sus propias crónicas reunidas a su regreso en "La Escena Contemporánea". De su febril actividad espiritual durante el último lustro de su existencia en Lima, nos quedan los insuperables "Siete Ensayos", *Amauta,* que contiene la versión íntegra de su "Defensa del Marxismo", y los dos o tres libros dispersos "Ideología y política en el Perú", "El Alma matinal", "Invitación a la vida heroica" que el autor se proponía publicar en España, Chile y la Argentina.

"Muchos proyectos de libro— escribió un día — visitan mi vigilia; pero sé por anticipado que sólo realizaré los que un imperioso mandato vital me ordene." Y así fue. Porque, además, tanto como escribir le interesaba a Mariátegui poner en acción su pensamiento. En consecuencia, no obstante la enfermedad que lo tenía casi inmóvil en su sillón de ruedas y el rigor de un gobierno policiaco que no le ahorraba molestias, el autor de *Amauta* vivía entregado por entero a la lucha política. Rodeado siempre al par que de intelectuales, de obreros y de estudiantes, demostró ser un organizador formidable, a causa de su gran autoridad moral precisamente.

El día de su entierro el propio gobierno que lo había hostilizado y que pudo apenas sobrevivirle algunos meses, tuvo ocasión de ver el profundo cariño de que Mariátegui gozaba entre el pueblo trabajador de Lima, que acompañó su cadáver al cementerio cubriéndolo durante el trayecto de flores y banderas rojas.

IV

Marx inició ese tipo de hombre de acción y de pensamiento,—dice Mariátegui en su "Defensa del Marxismo", refiriéndose a los líderes más inteligentes de la Revolución Rusa: Lenin, Trotsky, Bujarín, Lunacharsky, para detenerse en la obra de los dos primeros, sin nombrar siquiera al *icono* en esta página, que concluye con un elogio verdaderamente magistral de Rosa Luxemburgo.

Releyéndolo, no hemos podido menos que aplicar sus propios conceptos al mismo Mariátegui, que inaugura entre nosotros, como ya dijimos, un tipo semejante de teórico y hombre de acción.

A diez años de su muerte no ha surgido, desgraciadamente, ningún otro en esta parte de América, tan pródiga en "amigos de la URSS" y en "ventrílocuos" de las consignas más dispares de su amo todopoderoso.

Con José Carlos Mariátegui se dijera que ha desaparecido el primero y el último de los Jefes comunistas criollos, capaces de imponer respeto no sólo a sus seguidores sentimentales, sino también a sus adversarios ideológicos.

Pensando tal vez en éstos y aquéllos, el autor de la "Defensa del Marxismo" nos confiaba en otra carta su esperanza de que dicho libro contribuyera a darlo a conocer ampliamente en Buenos Aires, pues lo estimaba, y con razón, "exento de todo pedantismo doctrinal y de toda preocupación de ortodoxia".

Ya en uno de los primeros números de *Amauta* había dado buena prueba de su extraordinaria libertad de espíritu, traduciendo íntegramente un artículo polémico de León Trotsky sobre el "compasivo" Lenín de Máximo Gorki, artículo que no figura en la recopilación española de Trotsky acerca del gran caudillo muerto.

Con tales antecedentes es más que dudoso, pues, que Mariátegui aceptara "el gran viraje" de 1935, la táctica del caballo de Troya, las repetidas ejecuciones de Moscú, y ese hipócrita lenguaje patriotero del que la misma burguesía argentina se viene riendo desde hace muchos años. *Patriotismo... y caldo gordo.*

Lo más probable es que Mariátegui no cayera en ninguna comparsa populista de este carnaval sangriento a que asistimos horrorizados en el último lustro de la política mundial.

El autor de la "Defensa del Marxismo" era, como su maestro, un hombre íntegro con una visión totalizadora de la vida social e individual, que no admitía la dualidad corriente entre cuerpo y espíritu, teoría y práctica, democracia y socialismo, guerra y revolución.

Por tanto, es difícil imaginarlo en el triste papel de idealizar, no importa bajo qué pretexto, la estéril Liga de las Naciones... O entregado, hasta nueva orden, a la exaltación de Roosevelt, el bueno... O haciendo migas con la "democracia farisea" de Mr. Chamberlain, el "reformismo mediocre" de M. Daladier y el "socialismo domesticado" de M. Blum.

Mariátegui conocía demasiado bien la mentalidad profesoral de Blum y la absoluta falta de escrúpulos de Daladier. No hay pues por qué suponer que se habría engañado con la incapacidad del primero para ponerse a la altura de las circunstancias en el caso de España y con la desfachatez del segundo en el caso de Checoeslovaquia. Solo los intelectuales ingenuos y sin experiencia de lucha podían entusiasmarse con el puño levantado de M. Daladier sobre las muchedumbres. Un hombre de la claridad de Mariátegui no dejaría seguramente de prever sobre quién lo descargaría al fin.

En cuanto a los burócratas irresponsables de la Tercera Internacional, el director de *Amauta* había tenido ocasión de afrontarlos indirectamente en el Primer Congreso Sudamericano de Montevideo con unas tesis agrarias que le fueron rechazadas por "trotskystas"...

Pero, ¿a qué las conjeturas acerca de lo que Mariátegui hubiera podido ser, si nos basta con lo que ha sido de modo tan excepcional? Un hombre completo, un guía realmente luminoso, un escritor de veras admirable.

Cuando se publiquen sus obras póstumas podremos hablar detalladamente de sus ideas sociales, políticas, estéticas y filosóficas, de sus relaciones con Piero Gobetti, Sorel y Croce. Entre tanto es preciso limitarnos a este homenaje personal.

V

Un recuerdo más íntimo todavía y un antiguo propósito

Promediaba el año 1935. De vuelta a Valparaíso desde España por Nueva York, donde actuaba aún el John Reed Club, bajamos de paso en El Callao, vale decir el puerto de Lima. Naturalmente, lo primero que hicimos fue visitar la tumba de Mariátegui: un humilde nicho, demasiado bajo para ser de águila, en el cementerio general. A un lado un torero; al otro, un fraile. Todo un símbolo el sepulcro *rojo* entre tantos *blanqueados* que vimos por las calles...

Sin consultar ningún libro el sepulturero nos había indicado el cuadro correspondiente tan pronto como le dijéramos el nombre del director de *Amauta.* Estaba sin duda vivo en su memoria. Así—pensamos aquel día—debiera estar también presente la obra precursora de Mariátegui en el trabajo de todos los intelectuales americanos. Y una vez en Buenos Aires nos hicimos el propósito de fundar un centro de Amigos de José Carlos Mariátegui a semejanza del John Reed Club de Nueva York.

Pero entonces sobrevino la gue-

(Concluye en la pág. 175)

Del homenaje argentino a José Carlos Mariátegui

(Fragmentos)

(Envío de *Enrique Espinoza*, Santiago, Chile, marzo de 1940).

Estimé mucho en José Carlos Mariátegui la libertad del pensamiento, la nobleza del propósito, la valentía del entusiasmo y la claridad de la expresión. Estas cualidades que en él descubrí desde que un artículo suyo me cayó a la mano, y de lance para mejor, motivó una simpatía compartida, por decirlo así, *tamen et discessio*, según nos lo acuerda con superiodad la aristocrática virtud de la tolerancia. De éste, pues, que fué el mejor entre todos los izquierdistas, tuve afecto y consideración que me bastan y me obligan al homenaje ante la estela truncada de su sepulcro. Pues se ha ido, en efecto, antes de la sazón, bien que ya florido y doloroso como todos los señalados por la divina fatalidad de la belleza. Soñando su aurora roja al dormirse en la eternidad, éste que por su amor al pueblo y a la justicia revolucionaria, pudo ser tal vez un Couthon sin guillotina. Queriendo la dicha de los débiles y de los tristes, este fulminado del destino, sobre cuya lápida podría exhibirse al modo de un antiguo epitafio, el elogio de la glicina tronchada: *Floreció en su dolor.*

LEOPOLDO LUGONES
Del número especial de *La Vida Literaria*, Buenos Aires, 1930.

*

El respeto a un hombre, a su talento, en primer plano, y en otro superior a su nobleza y probidad morales—es un homenaje puro para no rendirlo sin reservas en las rarísimas ocasiones que la vida nos depara para ello. Tal la figura de José Carlos Mariátegui. No exalta aquel sentimiento la afinidad que hayamos podido tener con su ideología, sujeta como tal a estériles ergotismos. Lo que es indiscutible es el temple, la solidez, la nobleza y la buena fe de una vida como la de este hombre que acaba de morir. Con mucho menos, un artista y pensador de su talla conquista la admiración intelectual de sus lectores. Pero no el respeto. Y el haber alcanzado este desideratum constituye la gloria de Mariátegui.

HORACIO QUIROGA
Del número especial de *La Vida Literaria*, Buenos Aires, 1930.

*

Estaba muy alto en su valerosa torre, José Carlos Mariátegui. Por consiguiente, había una disconformidad perpetua entre su reloj y el de los otros. Cuando sus pupilas recogían luz, los otros, los de abajo, no tenían ni las primeras noticias de la penumbra. Por eso lo persiguieron y lo procesaron los hombres de la tiniebla.

América ha perdido acaso el más valiente de sus centinelas. Juramentos de coraje sobre su tumba.

ARTURO CAPDEVILA
Del número especial de *La Vida Literaria*, Buenos Aires, 1930.

*

José Carlos Mariátegui no impresionaba como un hombre joven. Sus libros, sus artículos más fugaces, nos ponían en presencia de un talento maduro, que agregaba a la sabiduría sensible y comunicativa esa sensación de seguridad que sólo producen los espritus que han vivido mucho. Y efectivamente Mariátegui había vivido mucho. La naturaleza le privó de la fuerza física, de la salud del cuerpo que necesitan las personas que vienen al mundo con el designio de luchar. Mariátegui no quiso sin embargo resignarse al exquisito aturdimiento de los seres débiles y asumió el papel de orientador con una valerosa constancia. Y digo que ha vivido mucho en sus cortos años, porque a pesar de la dolorosa certidumbre de la muerte, tuvo el coraje de servir a la esperanza de los demás, de olvidar lo que le acechaba y rondaba, para entregarse con desinterés magnífico a la visión que tenía de su país y a la visión de una humanidad un poco menos cruel y un poco menos lastimosa de la que le ha sugerido tantas veces reflexiones amargas y pronósticos benévolos.

ALBERTO GERCHUNOFF
Del número especial de *La Vida Literaria*, Buenos Aires, 1930.

*

Ha muerto cuando comenzaba a ser imprescindible.

Empresa severa y de honra la del que pueda biografiar su espíritu. Sabemos que el tan deleznable cuerpo había amamantado su pensamiento en una leche fortísima; sabemos que era de los muy señalados entre los hispanoparlantes con el derecho y el deber de rescatarnos de la insolvente cháchara de cenáculos, parlamentos, universidades y cafés; sabemos que esa mirada de poderosa atención que él volcaba sobre el mundo, panorámica y minuciosa a la vez, solía abrirse también hacia adentro; sabemos de su destreza innumerable en el peligroso buceo de las ideas, y de su sensibilidad opulenta como un verano: de todo eso que sin duda basta para sobornar al olvido; pero yo sólo quiero rememorar aquí al hombre, al prometido a muerte de la verdad y la libertad que era ese hombre.

José Carlos Mariátegui, alma estremecida como una bandera, vida de amor, de miseria y de esplendor, hombre de hierro y de lágrimas. ¿Hombre? A veces pareció eso menos que una oferta.

LUIS FRANCO
Del número especial de *La Vida Literaria*, Buenos Aires, 1930.

Jóvenes, alabad su bello nombre
que suena a grito en boca de metal,
porque fué en él enaltecido el hombre
en cuanto conserva de inmortal.

Glorificado ha sido por la muerte,
vuelto a su trascendental magnitud;
es la prueba en que el fuerte sigue fuerte
y alcanza en fin toda su plenitud.

Aun llegará al hermano que trabaja,
al que piensa y al que ama, algo que no
podrá perderse nunca; es la ventaja
que tendremos sobre él: lo que nos dió.

. . . .

EZEQUIEL MARTÍNEZ ESTRADA
Del número especial de *La Vida Literaria*, Buenos Aires, 1930.

Una palabra sobre Mariátegui

(De "1930", La Habana)

No me es hacedero de momento detenerme a escribir aquella apreciación de Mariátegui que el hombre merece y que mi devoción por él me inspira a escribir: un estudio de alguna plenitud. Y la razón es tal que él la aprobaría: la de que me hallo inmerso en la difícil embocadura de un libro sobre esa América que él, tanto como cualquier otro hombre vivo o muerto, me ha hecho real y preciosa, como el cuerpo de mi fe.

Dejad que me detenga sólo lo suficiente para saludarle y para unirme a quienes son mis hermanos en esa devoción por él. Porque él es, en verdad, lo potencial y lo potente, la realidad y la síntesis de nuestra visión de un mundo verdaderamente americano. En Mariátegui se encuentran orgnicamente encarnados los valores que nuestra generación tiene que encarnar y poner en vigor para que América pueda ser.

Está dedicado a la severa necesidad de un nuevo cuerpo económico —de la revolución social. Hierve con las fuerzas estéticas de nuestro tiempo, cuya recepción, asimilación e integración en pensamiento revolucionario constituyen una necesidad todavía más rigurosa. Ni ha perdido de vista nunca la más urgente de todas las necesidades: la de la infusión de valores humanos —de aquella especie que vive en el misterio del alma individual— en la acción revolucionaria, si es que esa revolución ha de crear un nuevo mundo, y no meramente una nueva muerte.

Es un hombre intacto.

No le ha tocado ninguna de las herejías ni de los fracasos de este día. No sólo está libre de las más vulgares enfermedades de nues-

tra "intelligentsia": la codicia de poder, de posición, de dinero, sino que también está libre de las más sutiles y destructoras dolencias—los sofismas de la desesperación y de la sumisión, que tienen hoy en peligro a los movimientos radicales. Esta sofistería, evidente en el marxismo doctrinal y en el pragmatismo liberal, es la impronta de la era maquinista sobre los mismos hombres que se dicen sus enemigos. Porque Mariátegui es un revolucionario sin ser un mecanólatra; y es un artista, un actuador de belleza, sin ser un mero esteta. En él se realiza el milagro de esposar la causa de la humanidad sin negar la causa del alma individual, cuya muerte tendría que significar también la muerte de los hombres en la masa. Y sólo este sutil milagro puede salvar al movimiento revolucionario, embebido trágicamente de los venenos ideológicos del enemigo, el mundo de la anarquía capitalista y de la democracia rebañega.

Pero todo esto es demasiado complejo para explanarlo en una mera nota. Permítaseme resumirlo en una sola palabra. Mariátegui es un Hombre —un hombre cuya totalidad Spinoza hubiera reconocido, y Jesús también.

WALDO FRANK

*

Nueva York, mayo 12, 1930.

Queridos amigos de "1930":

No, cuando escribí esas palabras sobre nuestro bienamado, José Carlos Mariátegui, no sabía que hubiese muerto. No obstante, creo que deben publicar sin cambio alguno lo que entonces escribí. La esencia de mi profunda veración por el hombre está en estas palabras; la forma apremiada se justifica por mi desconocimiento de su desaparición. Pero la especie de declaración definitiva que su muerte demanda, en este momento como nunca está más allá de mí. Me siento todavía demasiado conmovido por un sentimiento de pérdida personal para escribir acerca de él otra vez. Si ustedes quieren, pues, queridos hermanos, pueden publicar junto con esta carta las palabras que ya les mandé.

Ustedes saben que todo estaba arreglado para que José Carlos fuese a Buenos Aires. (En esta feliz consumación, creo que nuestro Enrique Espinoza fué el factor principal). Para mí, este traslado de José Carlos a la más grande ciudad de la América Hispana era el más feliz de los acontecimientos. Por lo pronto, tenía esperanzas de que en Buenos Aires encontrase auxilios médicos que le salvasen verdaderamente. (El también tenía esta esperanza). Pero aún más: estaba yo seguro de que en ese más ancho escenario se realizaría plenamente su gran contribución a la causa americana. Hace cien años, el paso de Bolívar y San Martín del Atlántico al Pacífico fué el símbolo de la liberación hispanoamericana de España en lo económico y en lo político. Y precisamente un símbolo tal era para mí el cruce de José Carlos del Pacífico al Atlántico —un símbolo de la coordinación cultural, intelectual y espiritual de la América Hispánica.

Hemos perdido un líder y un hermano: la Muerte nos ha infligido una severa derrota. No hay nada que podamos hacer sino saludarle, y seguir adelante, en su espíritu.

Siempre vuestro,

WALDO FRANK

Dos artículos de Mariátegui

(Colaboración para el *Rep. Amer.* (1925). Hasta hoy, inéditos en este semanario)

"Indología", por José Vasconcelos

Nadie ha imaginado el destino de América con tan grande ambición, ni tan vehemente esperanza como José Vasconcelos en el prefacio de "La Raza Cósmica", cuya tesis esencial encuentra explicación y desarrollo admirables en "Indología", el último libro del pensador mexicano. El objeto del Nuevo Mundo, según esta tesis que aspira más bien a ser una profecía, es la creación de una cultura universal. En el suelo de América, se confundirán todas las razas, para producir la raza cósmica. Concluye con la cultura occidental, que se caracteriza ya por su fuerza expansiva y su ideal ecuménico, la edad de las culturas particulares. La misión de América es el alumbramiento de la primera civilización cosmopolita. Universalidad, dice Vasconcelos, debe ser nuestro lema.

"Indología" desborda así, los límites de una "interpretación de la cultura ibero-americana", que es como nos viene presentada, para tocar los de una utopía—en la más pura y noble acepción del vocablo. Y por esto no es el libro de un sociólogo ni de un historiador ni de un político, siendo, sin embargo a un tiempo historia, sociología y política, por ser el libro de un filósofo. La filosofía recobra aquí su clásica función de ciencia universal, que domina y contiene a todas las ciencias y que se siente destinada, no sólo a explicar e iluminar la vida, sino a crearla proponiéndole las metas de una incesante superación. El filósofo retorna a una tradición en que encontramos a Platón y su república para aplicar todas las conquistas del conocimiento a la concepción de un arquetipo o plan superior de sociedad y de civilización.

Esta concepción, por la libertad y la audacia con que se mueve en el tiempo, se coloca fuera del alcance de la crítica, forzada a contentarse con el análisis de sus materiales históricos y científicos. El secreto de la arquitectura imaginada con estos materiales, no se entrega sino parcial o fragmentariamente. Es un secreto del espíritu creador.

Vasconcelos, construye su tesis sin cuidarse de sistematizarla con lógica rigurosa y pedante. Su procedimiento no conduce a la formalización rígida. Y su obra tiene, por esto, como él lo anhela, más de musical que de arquitectónica. El pensamiento de Vasconcelos, afronta los riesgos de los más intrépidos vuelos; pero se complace siempre en retornar a la naturaleza y a la vida, de las cuales extrae su energía. El concepto se mezcla en sus obras con el relato, la impresión, la poesía. Su prosa, tiene un contagioso calor lírico. Cada idea, nos descubre, en seguida, en Vasconcelos, su raíz, su proceso,—estoy por decir que su biografía. —Por esto, el gran mexicano, no nos ofrece nunca tesis frías, ideas congeladas, sino un pensamiento móvil, viviente, cálido, expresado con su fluencia y su movimiento. Y por esto, también, su obra tiene en parte, un carácter marcadamente autobiográfico—como sucede en el prólogo de "Indología" y las crónicas de viaje de "La Raza Cósmica"—que proviene de una profunda adhesión, más que al concepto mismo, a las percepciones que lo nutren, a la naturaleza que le presta matiz y emoción, al hecho que le comunica y le atribuye objeto.

¿Cómo llega Vasconcelos a su teoría de la misión de América: cultura universal y raza cósmica? Para entender bien esta concepción, hay que conocer sus leyes, su andamiaje teórico. Vasconcelos, las expone así: "La primera hipótesis que tomo para organizar el concepto de nuestros ideales colectivos, y que me sirve como de hélice propulsora en el vuelo del pensamiento hacia el futuro, es mi teoría de los tres estados de la civilización. Veo el problema del mundo, no ya subdividido en divisiones parciales que a cada raza y a cada período histórico ha correspondido desarrollar, sino englobado en tres grandes ciclos hacia los cuales ha venido convergiendo la historia y cuya consecución todavía no alcanzamos a mirar. Esos tres grandes ciclos, son el materialista, el intelectualista y el estético. No insistiré en el desarrollo de esta tesis, que ya varias veces he procurado esbozar y definir. Insisto solamente en asentarla y añado que la historia de cada una de las grandes civilizaciones podría demostrarnos la aparición sucesiva de cada una de estas épocas que se caracterizan por el predominio, ya de uno, ya de otro de los factores que sirven de base a la diferenciación. El período militar, que corresponde al régimen de tribu; el período del intercambio, las convenciones y los arreglos inteligentes, que corresponde al desarrollo de las instituciones y de la civilización, y, finalmente un período estético que corresponde a la concepción emotiva, religiosa y artística de la vida. Tercer período, que ha sido para todas las grandes culturas como una meta, no obstante que todas, hasta hoy, han decaído antes de alcanzarla. Han decaído porque la corrupción interna, al traicionar las normas superiores, las ha puesto otra vez a merced del apetito y la incredulidad en el ideal".

Nuestra civilización, no ha cumplido aún, según Vasconcelos, su ciclo intelectual, dividido por el autor de "Indología" en tres períodos: el del abogado, el del economista y el

del ingeniero. El primero corresponde al de la elaboración del derecho y la sujeción a sus leyes de las relaciones así de los individuos como de los pueblos. El segundo debe conducir al sometimiento del capital, a los fines colectivos; al triunfo de los técnicos de la economía, sobre los capitanes de la industria privada; vale decir a la realización del socialismo. El tercero será el período de la técnica, de la ingeniería, del dominio de todas las fuerzas y resistencias de la naturaleza, por la ciencia aplicada. (Vasconcelos, haría justicia a Lenin, si reconociera al genial revolucionario, la gloria de haber soñado, como nadie antes que él, en esta etapa, cuando planeaba con iluminado empeño la electrificación de Rusia).

Pero estos períodos, progresan, sin duda, paralelamente. Más optimista que Vasconcelos, yo pienso que de los dos últimos,—el del economista y el del ingeniero—el mundo contemporáneo, nos presenta ya logradas anticipaciones. Aunque Vasconcelos, con una falta de justicia y de lucidez que consternan en una mente como la suya, se incline a negarlo, la obra de la revolución rusa, representa un gigantesco esfuerzo de racionalización de la economía. Y el avance heroicamente ganado por Rusia hacia el socialismo—en medio de un mundo hostil, dentro del cual, ni aún los filósofos más atrevidos en su previsión del porvenir, son capaces de mirarla sin perjuicios—nos indica que no tocará a EE. UU., como Vasconcelos considera probable, sino a la Unión Soviética, la realización del sometimiento del dinero y la producción a los principios de la economía y la justicia sociales.

La ausencia, que los espíritus de la nueva generación tenemos que constatar con un poco de tristeza y desencanto en la obra de Vasconcelos, es la ausencia de un sentido más agudo y despierto de lo presente. La época reclama un idealismo más práctico, una actitud más beligerante. Vasconcelos, nos acompaña fácil y generosamente a condenar el presente, pero no a entenderlo ni utilizarlo. Nuestro destino es la lucha más que la contemplación. Esta puede ser una limitación de nuestra época, pero no tenemos tiempo para discutirla, sino apenas para aceptarla. Vasconcelos coloca su utopía demasiado lejos de nosotros. A fuerza de sondear en el futuro, pierde el hábito de mirar en el presente. Conocemos y admiramos su fórmula: "Pesimismo de la realidad; optimismo de la acción". No nos basta condenar la realidad; queremos transformarla. Talvez esto nos obligue a reducir nuestro ideal; pero nos enseñará en todo caso, el único modo de realizarlo. El marxismo, nos satisface por eso: porque no es un programa rígido sino un método dialéctico.

Estas observaciones, no niegan ni atenúan el valor de la obra de Vasconcelos como aporte a una revisión revolucionaria de la Historia. Vasconcelos tiene, como historiador y sociólogo, juicios magistrales. Es imposible, por ejemplo, no suscribir el siguiente: "Si no hubiese tantas otras causas de orden moral y de orden físico que explican perfectamente el espectáculo aparentemente desesperado del enorme progreso de los sajones en el Norte y el lento paso desorientado de los latinos en el Sur, sólo la comparación de los dos sistemas de los regímenes de propiedad, bastaría para explicar las razones del contraste. En el Norte no hubo reyes que estuviesen disponiendo de la tierra ajena como de cosa propia. Sin mayor "gracia" de parte de sus monarcas y más bien en cierto estado de rebelión moral contra el monarca inglés, los colonizadores del Norte fueron desarrollando un sistema de propiedad privada, en el cual cada quien paga el precio de su tierra y no ocupaba sino la extensión que podía cultivar. Así fué que en lugar de encomiendas hubo cultivos. Y en vez de una aristocracia guerrera y agrícola, con timbres de turbio abolengo real, abolengo cortesano de abyección y homicidio, se desarrolló en el Norte una aristocracia de la aptitud que es lo que se llama democracia, una democracia que, en sus comienzos, no reconoció más preceptos que los del lema francés: libertad, igualdad, fraternidad."

Pienso, empero que el juicio de Vasconcelos sobre la diferencia esencial entre la sociedad fundada en el Norte por los sajones y la fundada en el Centro y Sur por los iberos, no está exento de cierto romanticismo hispanista. Lo que fundamentalmente distingue a ambas sociedades, no es una raza ni una tradición diversas. Es, más bien, el hecho de que con los sajones vino la Reforma, esto es la revolución espritual de la cual debía nacer todo el fenómeno capitalista e industrialista, mientras que con los españoles, vino el Medio Evo, esto es la subsistencia de un espíritu incompatible con un nuevo principio de propiedad, libertad y progreso. El Medio Evo, había ya dado todos sus frutos espirituales y materiales. La conquista fué la última cruzada. Con los conquistadores se acabó la grandeza española. Después no alumbró sino en el misticismo de algunas grandes almas religiosas. Coincido con Vasconcelos en la estimación de la obra civilizadora de las misiones del coloniaje. (La proclamé hace algún tiempo, a propósito de la función de algunas congregaciones en la agricultura y la educación práctica de los indígenas, en un ensayo sobre la evolución de la economía peruana). Pero deduzco todos los factores del estancamiento latino-americano de la medioevalidad española. España es una nación rezagada en el progreso capitalista. Hasta ahora, España no ha podido aún emanciparse del Medio Evo. Mientras en Europa Central y Oriental, han sido abatidos, como consecuencia de la guerra, los últimos bastiones de la feudalidad, en España se mantienen todavía en pié, defendidos por la monarquía. Quienes ahondan hoy en la Historia de España, descubren que a este país le ha faltado una cumplida revolución liberal y burguesa. En España, el tercer estado no ha logrado nunca una victoria definitiva. El capitalismo aparece, cada vez más netamente, como un fenómeno consustancial y solidario con el liberalismo y con el protestantismo. Este no es propiamente un principio ni una teoría, sino más bien una observación experimental, empírica. Se constata que los pueblos en los cuales el capitalismo—industrialismo y maquinismo—ha alcanzado todo su desarrollo, son los pueblos anglosajones, liberales y protestantes. Sólo en estos países, la civilización capitalista se ha desarrollado plenamente. España es, entre las naciones latinas, la que menos ha sabido adaptarse al capitalismo y al liberalismo. La famosa decadencia española a la cual exégetas románticos atribuyen los más diversos y extraños orígenes, consiste simplemente en esta incapacidad. El clamor por la europización de España, ha sido un clamor por su asimilación demo-burguesa y capitalista. Lógicamente, las colonias formadas por España en América, tenían que resentirse de la misma debilidad. Se explica perfectamente el que las colonias de Inglaterra, nación destinada a la hegemonía en la edad capitalista, recibiesen los fermentos y las energías espirituales y materiales de un apogeo, mientras que las colonias de España, nación encadenada a la tradición de la edad aristocrática, recibían los gérmenes y las taras de una decadencia.

Está en lo justo Vasconcelos cuando denuncia la tesis de la superioridad absoluta de la raza blanca como un prejuicio imperialista de los anglosajones. La América Latina necesita superar este prejuicio que comporta la inferioridad de todo mestizaje. Vasconcelos pone en el mestizaje, su esperanza de una raza cósmica. Pero exagera, cuando atribuye al espíritu de la colonización española, el cruzamiento de la raza ibera con la sangre india. Los colonizadores sajones llegaron a Norte América con sus familias. No encontraron, además, un pueblo con tradición y cultura. El conquistador español tuvo que tomar como mujer a la india. Y halló en América dos culturas avanzadas y respetables: al Norte la azteca, al Sur la quechua.

José Carlos Mariátegui

•

Un libro nuevo de Unamuno: "L'agonie du Christhianisme"

Riker et Cie. París. 1925.

Traducido del texto español por *Jean Cassou*.

Lo primero que nos recuerda este último libro de don Miguel de Unamuno es que su autor no es sólo filósofo sino también filólogo. Unamuno es un maestro en el arte de animar o reanimar las palabras. La palabra "agonía" en el ardiente y viviente lenguaje de Unamuno, recobra su acepción original. Agonía no es preludio de la muerte, no es conclusión de la vida. "Agonía —como Unamuno escribe en la introducción de su libro— quiere decir lucha. Agoniza aquel que vive luchando; contra la vida misma. I contra la muerte."

El tema del libro de Unamuno no es el tramonto del cristianismo sino su lucha. Tiene Unamuno una inteligencia demasiado apasionada, demasiado impetuosa, para oficiar hieráticamente la misa de requiem de una decadencia, de un crepúsculo. Unamuno no se sentirá nunca en ningún *untergang*. Para él la muerte es la vida y la vida es muerte. Su alma, llena al mismo tiempo de esperanza y desesperanza, es una alma que, como la de Santa Teresa, "muere de no morir". Es el propio Unamuno quien evoca la frase de la agonista de Avila. La frase, no: la agonía. ¡Morir de no morir! ¿No es ésta también la

angustia de nuestra época, de nuestra civilización? ¿No es éste también el drama de Occidente? ¿Por qué nos parece tan terriblemente actual este grito agónico, esta frase agónica, esta emoción agónica? Un poeta super-realista francés, Paul Elouard, —poeta de la nueva generación— ha escrito últimamente un libro con este título: "Mourir de ne pas mourir". Otra alma agónica, como la de Unamuno, se agita en este libro. Pero esta constatación nos mueve a otra: la de que el sabio sexagenario de Salamanca y el poeta super-realista de París coinciden en Santa Teresa. I en esto no es posible no ver un signo. Unamuno tiene algo de iluminado, algo de profético. En su pensamiento se descubre siempre una vaga pero cierta anticipación del porvenir. Varios años antes de la guerra, cuando el Occidente se mecía aún en sus ilusiones positivistas, cuando el espíritu de Sancho parecía regir la historia, don Miguel de Unamuno predicó el evangelio de Don Quijote. Entonces el mundo se creía lejano de un retorno al donquijotismo, de una vuelta al romanticismo. I el evangelio de Unamuno no fué entendido sino por unos cuantos alucinados, por unos cuantos creyentes. Mas hoy que por los caminos del mundo pasa de nuevo el caballero de la triste figura, son muchos los que recuerdan que el filósofo de Salamanca anunció su venida. Que el maestro de Salamanca presintió y auguró una parte de esta tragedia de Europa, de este "Untergang des Abendlandes", de esta agonía de la civilización occidental.

"Lo que te voy a exponer aquí, lector —dice Unamuno en su libro— es mi agonía, mi lucha cristiana, la agonía del cristianismo en mí, su muerte y su resurrección en cada instante de mi vida." ¿Qué es el cristianismo, según Unamuno? Unamuno afirma que Cristo vino a traernos la agonía, la lucha y no la paz. I nos remite a las palabras del Evangelio en que Jesús nos dice que no trae la paz sino la espada y el fuego. Invocación en la que tampoco está solo. Nunca han parecido tan vivas como hoy estas palabras de Cristo. Giovanni Gentile, filósofo de la violencia, mílite del fascismo, las ha arrojado como una tea en la batalla de su patria, en la agonía de su Italia: "Non venim pacem mittere sed gladium. Ignem veni mittere in terra". Voces que vienen de diferentes puntos del espíritu se encuentran sin buscarse, sin llamarse, combatiéndose, contrarrestándose.

Unamuno piensa, como es lógico, que "hay que definir al cristianismo agónicamente, polémicamente, en función de lucha". (Así es, sin duda, como hay que definir no sólo al cristianismo sino toda religión, todo evangelio.) "El cristianismo, la cristiandad, —escribe Unamuno— desde que nació en San Pablo, no fué una doctrina aunque se expresase dialécticamente: fué vida, lucha, agonía. La doctrina era el Evangelio, la Buena Nueva. El cristianismo fué una preparación a la muerte y a la resurrección, a la vida eterna." I, más adelante, agrega: "San Pablo, el judío fariseo espiritualista, buscó la resurrección de la carne en Cristo, la buscó en la inmortalidad del alma cristiana, de la historia." I Unamuno, en este punto, nos advierte que por histórico no entiende lo real sino lo ideal.

Explicándonos su pensamiento sobre la historia que, de "otra parte, es realidad, tanto o más que la naturaleza", Unamuno recae en una interpretación equivocada del marxismo. "Las doctrinas personales del marxismo de Karl Marx —escribe— el judío saduceo que creía que las cosas las hacen los hombres, han producido cosas. Entre otras, la actual revolución rusa. Lenín estaba mucho más cerca de la realidad histórica cuando, al observarle que se alejaba de la realidad, replicó: "¡Tanto peor para la realidad!" Este mismo concepto sobre Marx había aflorado ya a otros escritos del autor de "La Agonía del Cristianismo". Pero con menos precisión. En este nuevo libro reaparece en dos pasajes. Por consiguiente urge contestarle y debatirlo.

La vehemencia polémica lleva aquí a Unamuno a una aserción arbitraria y excesiva. Nó; no es cierto que Karl Marx creyese que las cosas hacen a los hombres. Unamuno conoce mal el marxismo. La verdadera imagen de Marx no es la del monótono materialista que nos presentan generalmente sus discípulos. A Marx hace falta estudiarlo en Marx mismo. Las exégesis son generalmente falaces. Son exégesis de la letra, no del espíritu. ¿I no es acaso Unamuno el más celoso en prevenirnos, a propósito del cristianismo, contra la inanidad y contra la falacia de la letra? En su libro uno de los mejores capítulos es tal vez el que habla del verbo y de la letra. "En San Pablo —dice Unamuno— el Verbo se hace letra, el Evangelio deviene Libro, deviene Biblia. I el protestantismo comienza, la tiranía de la letra." "La Letra —agrega luego— es muerte: en la letra no se puede buscar la vida." Marx no está presente, en espíritu, en todos sus supuestos discípulos y herederos. Los que lo han continuado no han sido los pedantes profesores tudescos, exégetas ortodoxos de la teoría de la plusvalía, incapaces de agregar nada a la doctrina, dedicados sólo a limitarla, a esteoritiparla: han sido más bien los revolucionarios, tachados de herejía como George Sorel —otro agonizante diría Unamuno— que han osado enriquecer y desarrollar las consecuencias de la idea marxista. El "materialismo histórico" es mucho menos materialista de lo que comúnmente se piensa. Un filósofo liberal, un filósofo idealista, Benedetto Croce, le hace a este respecto plena justicia. "Es evidente —escribe Croce— que la idealidad o el absolutismo de la moral, en el sentido filosófico de tales palabras, es premisa necesaria del socialismo. El interés que nos mueve a construir un concepto de plusvalía, ¿no es acaso un interés moral o social, como se quiera llamarlo? En pura economía, ¿se puede hablar de plusvalía? ¿No vende el proletario su fuerza de trabajo propia por lo que vale, dada su situación en la presente sociedad? I, sin esta premisa moral, ¿cómo se explicaría, junto con la acción política de Marx, el tono de violenta indignación y de sátira amarga que se advierte en cada página del Capital? I Adriano Tilgher que prologa una traducción de Unamuno al italiano —"La Sfinge senza Edipo" — en sus ensayos críticos de marxismo y socialismo dice: "Marx no es un puro economista, ni puro sociólogo, ni puro historicista; él no se contenta simplemente con describir la realidad social como era en sus tiempos y con extraer de la observación del presente las leyes empíricas de sus transformaciones por venir; él es esencialmente un revolucionario, cuya mirada está obstinadamente fija en lo que *debe ser*".

Y estoy seguro de que si Unamuno medita más hondamente en Marx descubrirá en el creador del materialismo histórico no un judío saduceo, materialista, sino, más bien, como en Dovstoyevsky, un cristiano, un alma agónica, un espíritu polémico. I quizá le dará razón a Vasconcelos cuando éste afirma que el atormentado Marx está más cerca de Cristo que el doctor de Aquino.

En este libro, como en todos los suyos, Unamuno concibe la vida como lucha, como combate, como agonía. Esta concepción de la vida, que contiene más espíritu revolucionario que muchas toneladas de literatura sedicentemente socialista, nos hará siempre amar al maestro de Salamanca. "Yo siento —escribe Unamuno— a la vez la política elevada a la altura de la religión y la religión elevada a la altura de la política." Con la misma pasión hablan y sienten los marxistas, los revolucionarios. Aquellos en quienes el marxismo es espíritu, es verbo. Aquellos en quienes el marxismo es lucha, es agonía.

JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI

El superhombre es innecesario

En el momento más impetuoso de la ascención del capitalismo alemán, su filósofo representativo hizo descender a Zaratustra de la montaña para traer a la humanidad la buena nueva del "superhombre". Sabemos hoy, demasiado bien, la trágica realidad que anticipaban aquellos sueños en apariencia tan grandiosos. Su mismo profeta no tuvo que esperar a la reacción sanguinaria de su patria de hoy para anunciarnos que odiaba por encima de todo a esa canalla socialista —eran sus palabras— que convertida en apóstol de la plebe, "destruyen la satisfacción del obrero en su pequeña existencia" y le enseñan la envidia y la venganza (1). A través de los siglos la "humanidad" según vemos no ha variado gran cosa para la burguesía: cuando en el Renacimiento nos hablaba del "hombre" o cuando en su etapa imperialista anunciaba el "superhombre", siempre necesitó como condición ineludible volverse iracunda contra las masas obreras.

El proletariado, en cambio, no disimula con palabras enormes promesas absurdas que no puede cumplir. *Sabe que el superhombre es innecesario* porque el hombre todavía no se ha realizado. Ayudarlo a nacer es su destino (2), y para ello no ha recurrido jamás al verbo apocalíptico de ningún Zaratustra con la serpiente y el águila: le ha bastado entrecruzar el martillo y la hoz para que el dedo de la historia señalara en ese símbolo, la humilde grandeza del Hombre.

(De Aníbal Ponce, *Humanitarismo burgués y Humanitarismo proletario.* Editorial América, México, 1938).

(1) Abrevio así el pensamiento de Nietzsche, *Obras completas*, tomo VIII, pág. 48, traducción de Ovejero, editor Aguilar, Madrid, 1932.

(2) Nietzsche creía, además, que en una sociedad de tipo socialista "la vida sería negada y sus raíces cortadas"... Idem, pág. 76.

Tome y lea

(Indice y registro de los libros y folletos que se reciben de los autores y casas editoras)

EUGENIO LUCAS Y PADILLA
By
Elizabeth Du Gué Trapeir

This book on Lucas, a Spanish follower of Goya in the nineteenth century, contains 156 pags. including 50 half-tone illustrations. Paper bound.

Price: $ 1.00.

The Spanic Society of America
Broadway, between 155 th. and 156th. Street.
New York, N. Y. U. S. A.

—o—

Juan Marín ha publicado en las ediciones *Asia y América* un drama titulado:

Orestes y yo. Tokio. 1940.

La introducción es de Jorge Carrera Andrade.

Precio en Costa Rica: ₡ 1.50.

—o—

En las publicaciones del Ministerio de Instrucción Pública, San Salvador, El Salvador:

Plan y Programas de Enseñanza Primaria Urbana de El Salvador a regir desde el año de 1940.

—o—

Como envío de la Comisión Chilena de Cooperación Intelectual, en Santiago de Chile:

Luis Oyarzón: *La infancia*. Ediciones "Revista Nueva". Santiago de Chile. 1940.

—o—

Como envío del *Boletín del Instituto Nacional* (Casilla 2061. Santiago de Chile):

César Bunster: *Reflexión sobre la inquietud actual*. 1939.

—o—

Como envío del Rector de la Universidad Nacional de Colombia (Bogotá, Rep. de Colombia):

Anuario de la Universidad Nacional de Colombia. 1939. Editorial Santafé. Bogotá).

Es el Rector de la antecitada Universidad el reputado educador Dr. Agustín Nieto Caballero.

—o—

Como envío del Ministerio de Educación Nacional, Sección novena, Bogotá, Colombia:

Rufino José Cuervo: *Disquisiciones filológicas*. En dos tomos. Compilación, Introducción, Notas y Dirección de Imprenta por Nicolás Bayona Posada. Bogotá. 1939.

—o—

Como envío del Depto. de Información e Intercambio cultural de la Universidad de La Habana:

E. F. Camus: *Historia y fuentes de Derecho Romano*. 1939. Universidad de La Habana.

(Es el volumen I de un Curso de Derecho Romano).

—o—

Cortesía de los autores:

Del estudiante José Ferrer, en la Universidad, Río Piedras, Puerto Rico: Antonio S. Pedreira: *Hostos, ciudadano de América*.

(Es un ensayo).

Elías Pérez Osa: *El espíritu democrático del Libertador*.

Con el autor: Secretario de la Sociedad Bolivariana de Venezuela. Caracas.

Rosario Beltrán Núñez: *Poemas de la arcilla y el ala*. Lecturas para la soledad. Editorial TOR. Buenos Aires.

Con la autora: Avenida Palace Hotel. Victoria 442. Bs. Aires. Rep. Argentina.

Alberto Rembao: *Meditaciones Neoyorkinas*. Bs. Aires. 1939.

Con el autor: 156 Fifth Avenue. New York City. N. Y., U. S. A.

Roberto F. Giusti: *Literatura y Vida*. En las Ediciones de *Nosotros*. Buenos Aires. 1939.

Con el autor: Bartolomé Mitre 811. Bs. Aires. Rep. Argentina.

Washington Espejo: *Canto al romance castellano*. Editorial Nascimento. 1939. Santiago de Chile.

Con el autor: Macul 1624. Santiago de Chile.

Eduardo Ritter Aisla: *Umbral*...

Con el autor: Aptdo. 873. Panamá. Rep. de Panamá.

A. Ortiz Vargas: *Las Torres de Manhattan*. Boston. 1939. (Son poemas).

—o—

Es copiosa la cosecha. Circulan libros en nuestra América; alegrémonos de ello!

La EDITORIAL LOSADA, S. A., de Buenos Aires, ha sacado últimamente estos libros:

Los Nos. 14 y 15 de *Las Cien Obras Maestras de la Literatura y del Pensamiento universal*, publicadas bajo la dirección de Pedro Henríquez Ureña:

Tirso de Molina: *El burlador de Sevilla, El condenado por desconfiado* y *La prudencia en la mujer*.

Luis de Góngora: *Romances y letrillas*.

De la nueva serie: *Biblioteca del Pensamiento vivo*, que constará de 30 a 40 volúmenes, hemos recibido los dos primeros:

Roman Rolland: *El pensamiento vivo de Rousseau*. La traducción española es de J. Guixé.

André Maurois: *El pensamiento vivo de Voltaire*. La traducción española es de Luis Echávarri.

De la nueva colección: *Grandes escritores de América*, dirigida por Pedro Henríquez Ureña, hemos recibido los volúmenes 1 y 2:

José Hernández: *Martín Fierro* y *La vuelta de Martín Fierro*. Con 67 dibujos de Luis Macaya.

Eugenio María Hostos: *Moral social*.

De la nueva serie: *Las grandes novelas de nuestra época*, hemos recibido el volumen primero:

Georges Duhamel: *Diario de un aspirante a santo*. Es la traducción de Luis Echávarri.

De la nueva colección: *Biografías históricas y novelescas*, hemos recibido el volumen primero:

André Maurois: *Ariel o la vida de Shelley*. En la traducción de Irene Polo.

—o—



En las populares ediciones ERCILLA, de Santiago de Chile, hemos recibido últimamente:

De la colección: *Poetas de América*:

Pablo Neruda: *Residencia en la tierra*, II. 1931-1935.

De la colección: *Ideas y hechos contemporáneos*:

¿Puede evitarse la guerra? Por William T. Stone y Clark M. Eichelberger. Traducción de Inés Cané Fontecilla.

De la colección: *Contemporáneos*:

George Nicolai: *Psicogénesis* (o del origen del alma). Una introducción a la Psicología con 82 dibujos originales. 2da. edición.

Emil Ludwig: *Bolívar y Napoleón*. (Conferencia).

Carlo Sforzza: *Pasic o la unión de los Yugoeslavos*. Traducción de Luis Alberto Sánchez.

Jean Herbert: *La sabiduría hindú*. Traducción de Juana Garayzabal.

Henry Troyat: *La araña*. Premio Goncourt. 1938. Traducción de Jacobo Danke.

(Es una novela).

Francois Mauriac: *Genitrix*. Versión de A. Arriaza y H. Catalán.

(Es una novela).

Felipe Cossio del Pomar: *El hechizo de Gaugin*.

—o—

Otros libros:

Anastasio Alfaro: *Petaquilla*. 2da. edición. San José, Costa Rica, 1939.

Cortesía del autor.

Quino Caso: *La voz de las cosas abscónditas*. Poemas. 1924-1928. Imp. Española. San José, Costa Rica. 1939.

Con este poeta salvadoreño hemos de volver, en una selección próxima de sus poemas.

Ada María Navas: *Sin amarras*. Tegucigalpa. 1937.

Son poesías. Hemos de volver con la autora, en un homenaje próximo. Es una interesante e inquieta poetisa hondureña.

—o—

Por los editores *Librería Perlado*, Madrid, Buenos Aires, ha salido en 1938:

El Criticón, de Baltasar Gracián (Lorenzo Gracián). Edición transcrita, revisada y anotada por Félix F. Corso. En dos volúmenes.

Son parte, estos volúmenes, de una nueva *Biblioteca Clásica Universal*, bajo la dirección literaria de Félix F. Corso. De quien los hemos recibido. Volveremos a leer *El Criticón* en esta agradable edición.

Como envío del Fondo de Cultura Económica, México, D. F., (Avenida Madero, 32), esta conferencia:

Juan de la Encina: *Goya, su mundo his-*

(Concluye en la pág. 175)

José Carlos Mariátegui recordado por Armando Bazán

(Para el *Rep. Amer.*)



José Carlos Mariátegui
Por *Enriquez*

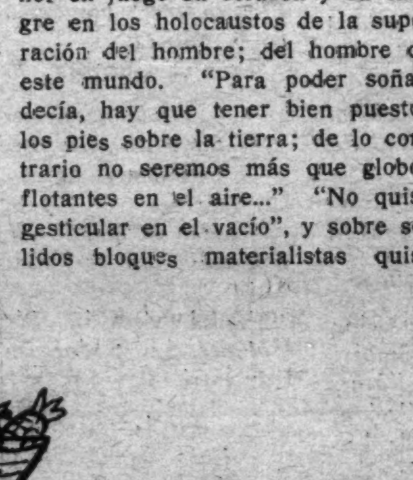
Bazán ha escrito este libro como viviendo de nuevo junto a Mariátegui; ha escrito sufriendo y exaltándose al mismo tiempo. Para escribir este libro, el autor ha puesto en juego sus más nobles cualidades intelectuales y las más hondas corrientes de su espíritu; y tan pronto se adhiere de un modo teórico al marxista, al maestro y al camarada como tan pronto se embriaga en la misma luz tremenda de aquel espíritu extraordinario, o besa y lame sus aristas de pobreza en su adolorida infancia. Relatando sus primeros pasos de brega, su adolescencia triste y explotada, hace que Mariátegui pase a la historia del Perú como el genuino representante del pueblo trabajador, y a la historia política de América, sin claudicaciones, sin manchas, así como lo que era: impulso perdurable en el perfeccionamiento de su pueblo.

Bazán aporta a esta hora tan tremenda y deshumanizada que vive Europa y América este pedazo de pan humanísimo del que debe comer el que tiene hambre. Mariátegui está allí, pero no de un modo biográfico y materializado, porque en verdad su nombre no cabe en las cronologías heladas de las fechas; Mariátegui está allí en las entrelíneas esfumadas de su discípulo, como a él le gustaba estar en la vida: humildemente como lo estuvo Cristo entre los hombres; está noblemente ubicado, sin exageración ni desentono; él está ubicado sencillamente con amor, de tal manera que superando los contornos de las páginas y los planos tranquilos de las palabras vence y sale afuera una gran flama desmedidamente humana y asombrosa.

Tal fué su vida: acorralado físicamente, limitado en un dramático sillón de paralítico, desgajado, lleno de dolor y muerte en el cuerpo, vivía en peremne irradiación, influjo y gobierno del espíritu nuevo de su pueblo. De su pueblo que está en el mineral y en el campo; en la universidad y en la fábrica y que se extiende a las más altas cimas intelectuales de esta época. Porque el otro pueblo; el de la estupidez, la conformidad y el vil negocio estaba gobernado por la policía y el dinero. Así le contemplé de cerca mucho tiempo, en su sitial de máximas responsabilidades manejando su pluma como un relámpago castigador de indolentes, de crápulas y de vampiros. En sus ojos de acero y de amanecer vivía la verdad subyugante: el mundo tumultuoso de la revolución. Y su voz pequeñita y caldeada al rojo tenía la virtud del vuelo que lleva en la certidumbre de la dialéctica, la consigna precisa.

He oído, a veces, en boca de políticos fogueados de América del Sur el reproche dirigido a mi persona y a otros intelectuales; el reproche de no ser marxistas al ciento por ciento, a manera de Mariátegui. Ahora me tocaría decir a mi vez que desearía verles siguiendo el ejemplo de Mariátegui. Ejemplo de su vida y de su obra en bloque inseparable; en la figura granítica del líder inmortal.

Eso quisiera sí: flama interior, purificada y purificadora. Y no hielo de sepulcro blanqueado.



Mariátegui teórico marxista, nos enseña a desentrañar el sentido oculto de las cosas y a descorrer el velo de la idea pura para descubrir el socialismo. Pero, ¡cuidado! que él fué el primero en salirse del límite confuso y frío para poner en juego su corazón y su sangre en los holocaustos de la superación del hombre; del hombre de este mundo. "Para poder soñar, decía, hay que tener bien puestos los pies sobre la tierra; de lo contrario no seremos más que globos flotantes en el aire..." "No quiso gesticular en el vacío", y sobre sólidos bloques materialistas quiso instaurar como los grandes revolucionarios de nuestro tiempo, el reinado de las espirituales gracias. Para lo cual se necesitaba,—se necesita el cauce técnico de la actividad, del lenguaje; el camino eficaz para llegar a la meta; el lado práctico de empresa revolucionaria... Hablad de este aspecto los que podáis hacerlo mejor que yo, pero dejadme a mí el lado de su corazón, la residencia íntima y sagrada de sus amigos los poetas, donde también se movía el tangible cuerpo del obrero y del indio de la sierra peruana; del estudiante ardoroso también. Residencia sagrada en la que solíamos comulgar antes de partir hacia la brega heroica por un mundo mejor.



Frutera mexicana

Desde ese corazón maravillado partimos hace ya muchos años y hoy volvemos a encontrarnos en este libro Bazán y sus amigos. Volvemos a observar nuestra sed renovada, acuciadora; a sufrir en sus páginas, de nuevas angustias y mortales dudas. Maestro, ¿dónde estás? Cuando Mariátegui nos enseñó la palabra revolución, nosotros descubrimos en ella el sentido de la vida y le entregamos entonces nuestra juventud, nuestra devoción y nuestro contingente de sangre.

Para Mariátegui, la Revolución era la vida en proyección de altura, era el espacio infinito de una verdad superior en pugna con mezquinos intereses; era desaguar estanques putrefactos, cortar el cuello a la rutina. Era agitar y conmover las mejores esencias del hombre, sacar al espíritu hacia lo extraordinario llevándolo a descubrir su naturaleza inalcanzada y creándole problemas viriles.

Mariátegui, creador de hombres, cuenta ya, después de su muerte, con una ronda alerta del espíritu que crece hoy más que nunca. Mariátegui nos preparó para una revolución que tenía la proa dirigida hacia un puerto que supimos entrever y no es el mismo que nos muestran los revolucionarios de última hora. Por eso nos quedamos en el muelle de la desolación, casi vencidos, saqueados en nuestros sueños mejores, mientras triunfa el vulgar tragín politiquero, y el nuevo templo se hace una vez más refugio del oportunismo mediocre, y el tráfago de las transacciones venales.

Maestro de maestros, ¿dónde estás? Aquí te encuentro como otra hora en las páginas de *Amauta*, tu tribuna irradiante, en esta noble biografía de su discípulo, de tu amigo dilecto Armando Bazán. Aquí estás como en tu vida, humilde e inconmensurable, como nadie lo fuera, como nadie lo es. Aquí estamos rodeando tu flama como las verdes alamedas de un parque rodeando una estatua.

BLANCA LUZ BRUM

Santiago de Chile, febrero de 1940.

Gabriela Mistral y el premio Nobel

(Para el *Rep. Amer.* Santiago, Chile, enero 31, 1940).

"Gabriela Mistral es evidentemente el poeta más grande de la América Latina y no existe en todo el Continente nadie que piense lo contrario. Sobre este punto la unanimidad es completa".

Francis de Miomandre.

En estos días he sentido, como escritor chileno, una emoción inefable. Se debe ésta a la magnífica unanimidad que se ha producido en casi toda la América ibera en torno al nombre de Gabriela Mistral como acreedora al premio Nobel. Escritores argentinos, bolivianos, brasileños, colombianos, cubanos, mexicanos, peruanos, uruguayos, han solidarizado con una gestión de la Cancillería chilena, pidiendo para la autora de *Tala* el mayor galardón literario existente en el mundo.

La obra literaria de Gabriela Mistral está conforme con el espíritu de Alfredo Nobel, pues en su testamento dice: "Para quien haya producido en literatura lo más notable en sentido ideal." Su arte poético no es el juego elegante de un yo creador, sino la plasmación de la escencia misma de la personalidad angustiada, de honda raíz mística y con una sincera preocupación ética, preocupación que, sin embargo, no empaña ni aminora la validez estética de su poesía ni de su prosa.

A propósito de la prosa de Gabriela Mistral quiero recordar esa magnífica estampa sobre Manuel Magallanes Moure, publicada en *Repertorio Americano* (San José, Costa Rica, 20, abril, 1935). "Manuel Magallanes fué hombre que entendió la poesía como un ejercicio melódico, liso y llano"... He aquí un feliz hallazgo en los adjetivos que, a pesar del materialismo de los dos últimos o, acaso, por ese mismo inesperado materialismo, el poeta estudiado y el poeta estudioso se enfrentan para hablar el mismo idioma, esto es, la lengua de la sensibilidad y de la razón. La crítica es ante todo ejercicio de amor sabio y de caricia lógica.

Tengo para mí en alta estima la producción prosística de Gabriela. Acaso un día se dé ella o un ser de buen gusto a recoger sus sabrosos y curiosos "recados" en prosa que están esparcidos en diarios y revistas de esta América que tanto la quiere y comprende.

Pero Gabriela Mistral es por sobre todo poeta. Tiene necesidad de meter en esa entidad silábica y rítmica que es el verso su vivencia que se tornasola con personalísimos matices a través de su temperamento rico y poliforme.

Aquí a mi lado, en esas pulidas ediciones *Sur*, de Buenos Aires, tengo *Tala*, el último libro de Gabriela. Me lo leo con morosidad, gustando poco a poco la lírica gavilla, porque así se alarga el placer y el soñar, el sentir y el pensar.

En las últimos páginas del libro van unas notas de la autora. Son utilísimas para inteligir el texto de algunos poemas. He aquí una explicación plena de modestia y exactitud: "No sólo en la escritura sino también en mi habla, dejo por complacencia, mucha expresión arcaica, sin poner más condición al arcaísmo la de que sea fácil y llano. Muchos, digo, y no todos los arcaísmos que acuden y que sacrifico en obsequio de la persona anti-arcaica que va a leer. En América esta persona resulta siempre ser una capitalina. El campo americano —y en el campo yo me crié— sigue hablando su lengua nueva veteada de arcaísmos abundantes. La ciudad, lectora de libros doctos, cree que un tal repertorio arranca en mí de los clásicos añejos, y la muy urbana se equivoca"... (p. 275). Esta nota la comprende bien quien haya gustado, por ejemplo, la prosa y la poesía de Teresa Sánchez de Cepeda, la de Avila, prosa y poesía de sencillez y sabor coloquial, sencillez que con feliz memoria conserva el hombre rural de Chile. El erudito enfrascado en textos y que ha perdido el fértil y vivo contacto con el pueblo, ve sólo a través del libro, del documento escrito, pero olvida que mucho libro antes de ser tal fué habla balbuciente, inconexa, alógica.



Gabriela Mistral

Por *López Mezquita.*

Tala afirma y enriquece el caudal de las letras artísticas chilenas. Pero si su significado estético es subido a la par anda el ademán moral: los dineros que produzca el libro serán para los huérfanos de la Vasconia mancillada por el odio ancho y frío de los ambiciosos e insurrectos.

Pero estas palabras mías más que de apreciación literaria, son para señalar un hecho de honda significación espiritual: la confraternidad americana. En efecto, el nombre de Gabriela Mistral ha recorrido de uno a otro país, como emblema de unión y aspiración común para el Nuevo Mundo. Y esto de Nuevo Mundo tiene hoy un valor muy serio, extraordinario. Hace poco me decía Claude Serrano Plaja, la mujer del poeta español Arturo, residente en Chile, una francesa culta y sagaz: "C'est vraiment un nouveau monde, un monde tout différent du vieux monde"... Y la observación es justa, exacta.

Un mundo diferente del europeo, un mundo donde el hombre aspira a ser el prójimo, el semejante del hombre, es saludable y alentador en esta época. La gestión colectiva que en favor de Gabriela Mistral hacen Gobiernos, instituciones y personas demuestra, pues, un sólido sentido de simpatía cordial, de apoyo americanista, sentido que sólo la paz y la armonía han podido producir.

Sin embargo, no sería raro que el europeo hermético y esquivo no diese el premio solicitado y que merece la calidad y el espíritu de la obra de Gabriela. Mucha justa ilusión caería rota; pero el magnífico anhelo de unión y solidaridad americanas es ejemplar lección de moral dada al viejo mundo enloquecido hoy.

Por último, el epígrafe que inicia esta página no sólo es exacto, sino que casi es profético. El escritor francés citado ha traducido los poemas *Beber* y *Confesión* de *Tala*, las versiones francesas pueden leerse en *Atenea*, Nº 168 (Concepción, Chile, junio, 1939) revista de la cual he tomado el texto de Miomandre.

NORBERTO PINILLA

Se necesitaba un contador...

Y séame permitido, con este motivo, aplaudir el nombramiento recaído para reemplazaros(*) en el señor J. M. Thome, vuestro principal colaborador. Mr. Thome en el Observatorio y Mr. Gualterio Davis en la Oficina de la Meteorología, llenan el vacío que dejáis, puesto que el primero es el más antiguo de vuestros colaboradores, y el segundo, por su vocación especial para esta clase de estudios, puede, lo sé de vos mismo, honorable doctor Gould, enriquecer la ciencia con adquisiciones y conquistas apenas presentidas.

No debéis haberos olvidado de la observación de Fígaro, sobre la provisión de empleos en tiempos que no han desaparecido en todas partes: "se necesitaba un contador, decía, y nombraron un maestro de baile."

Felizmente el Gobierno ha nombrado esta vez uno de vuestros contadores de estrellas.

Hace tiempo me habíais dicho que teníais en el Observatorio iniciados y entre manos, trabajos esenciales para doce años más, y el confiar el Observatorio a uno de los colaboradores y ejecutores de ese trabajo, es garantía de que se continuarán y por ello conservará por muchos años más la posición eminente que vuestros trabajos le han conquistado.

Suele ser práctica administrativa y aun republicana nombrar por sucesor al adversario de sistema, de política o de principios, destruyendo éste, por poco que la envidia y la nulidad victoriosa ayuden, la obra aún no terminada, pero que ya era una promesa y una conquista para el país o la ciencia.

(De D. F. Sarmiento, *Discursos Populares*, tomo 2do., Buenos Aires, 1914).

(*) Se dirige al astrónomo Mr. B. A. Gould, al separarse éste de la dirección del Observatorio Astronómico de Córdoba.

La primera biblioteca que menciona la historia, unos diez y ocho siglos antes de J. C., es la de Osimandias, Rey de Egipto, instalada en su inmenso palacio de Tebas, en la que hizo poner en la puerta la admirable inscripción:

Tesoro de los remedios del alma.

(F. Beltrán, *El Libro y la Imprenta*, Madrid. 1931).

Testimonios

Henri A. Wallace

Cuando en 1933 apareció este nombre en la lista de miembros del gabinete del Presidente Roosevelt, como Ministro de Agricultura, me era del todo desconocido.

El señor Wallace es un hombre de la vieja estirpe de los que aman la tierra con hondo e inteligente amor. Nieto de uno de los pioneers que se establecieron en Iowa, el Tío Henry, querido de todas las gentes de las praderas, el joven Wallace se desarrolló en la capital del Estado, Des Moines. Es ésta una región donde el maíz se extiende millas tras millas convirtiéndose en el verano en una vasta y bellísima selva dorada.

Tendría unos diecisiete años cuando en las oficinas del periódico *Wallace Farm*, de propiedad de la familia, se hizo una exposición de mazorcas de maíz; y para conferir el premio asignado a las mejores, se invitó al Profesor Holden, entonces en el Colegio del Estado, Iowa, situado en Ames, a unas treinta millas de la finca Wallace. El Profesor confirió el premio a las más bellas mazorcas, así por la regularidad de las líneas como por la hermosura del grano. Y explicó a los muchachos para quienes se había hecho aquel concurso los motivos de su fallo. Al joven Wallace dió algunas de las mazorcas premiadas.

Con ellas principió la serie de experimentos que le condujeran a conclusiones opuestas a las del Profesor Halden. Había sembrado las treinta y tres mazorcas recibidas en un surco y otras clases de maíz en surcos paralelos. Al verano siguiente, perfecta derrota de la doctrina del Profesor: las mazorcas premiadas producían unos dieciocho hectólitros por acre (cerca de cuarenta áreas). Y descubre entonces que el maíz de mejor parecer es el que produce menor rendimiento. El maíz no premiado llega a producir hasta dos veces y media más. Desde ese instante los cultivadores cesan de mirar la belleza de la mazorca y se cuidan del buen rendimiento. Este joven Wallace, fervoroso, animado de un espíritu científico, buen lector de la Biblia, contribuye con ese acto al alza de los precios de la tierra de Iowa. Fué el principio de una carrera de servicio que le ha llevado a la posición que hoy tiene. Y no ha concluido de ascender.

(R. Brenes Mesén, *La Tribuna*, S. J. de C. R., 14-XII-39).

*

Inmovilidad aparente

Si se fija fotográficamente la posición relativa de cada estrella en cada cúmulo o agrupación estelar en varios meses, y durante una serie de años, de la comparación final de las impresiones, resultaría escrita la marcha de cada estrella, y la dirección que lleva, dejando a la imaginación sólo anticipar el asombro que causaría a la generación próxima, verificar que no obstante la inmovilidad aparente, estos cielos no son, en sus detalles mínimos, los mismos que vió Hiparco o contemplaron los sacerdotes caldeos. Verán las generaciones futuras anotada la "música de las esferas", según la sorprendente expresión de Shakespeare.

(De D. F. Sarmiento, *Discursos Populares*, tomo 2do., Buenos Aires, 1914).

Publicación del Grupo Pro-República Española

A los españoles

El imperativo del deber, más fuerte que la propia voluntad, señala un término al silencio mantenido desde la pérdida de la libertad de España. Vencida, transitoriamente, la causa política que representamos y sometidos sus defensores a la persecución odiosa de una justicia sin ley y de un rencor sin piedad, creíamos obligados oponer nuestra serenidad a la furia del adversario, estableciendo el necesario contraste de conductas para que el mundo produjera el juicio imparcial que en definitiva ha de constituir e integrar la historia.

Pero el curso de los acontecimientos y la contumacia en presentarnos con fisonomía política distinta a la propia, cancela la resolución temporal, único medio de saitsfacer la generosa impaciencia de nuestros compatriotas exilados y el ansia, ya incontenible, de los españoles que en el territorio nacional gimen bajo el terror.

Pocas palabras, sin embargo. El dolor verbalista no es verdadero dolor. Nuestras miradas que van hacia España y sus hogares, material y moralmente destruídos, concitan en lo más hondo del pecho la resolución firme de librarla del yugo extranjero que le ha sido impuesto y de las posibles consecuencias que el dominio de alemanes e italianos pueda traernos en el curso de la guerra europea. Esta resolución tiene una base obligada: la de procurar que el odio entre los españoles se disipe, desaparezca la iniquidad y renazca la confianza y la paz en el alma de la nación. Cualquier otra empresa nos es ajena e indiferente, bien que la consideremos defectuosa porque aspire a servir una causa de partido, bien que la creamos excesiva porque busque reanudar la pugna con la finalidad de aplastar al adversario.

Los republicanos tenemos una posición política, concluyente y clara: deseamos que España recobre su soberanía y en posesión de ella se trace su destino. El Frente Popular, no existe ya. Los propios núcleos políticos y sociales que le dieron vida entonces, y se la prolongaron durante los años de guerra, atraviesan una crisis orgánica que no ocultan. Consecuentemente estamos en la hora de rectificación que sucede a las derrotas; momentos solemnes para los partidos y los hombres, en los que se mira de frente la responsabilidad futura y se saca ejemplo de las lecciones pasadas.

Ese es nuestro caso y suponemos que el de centenares de miles de españoles. Sabemos lo q' se ha perdido y lo que el adversario tiene secuestrado y confiscado. Lógico es que sepamos lo q' se quiere recuperar. De uno a otro confín de la península, y en la emigración, los españoles, angustiados, se preguntan cuál puede ser la base política y humana de la reconciliación general, q' haga de España un hogar común habitable. En la parte deliberativa y resolutiva que nos corresponda, los republicanos emitimos una opinión categórica: España tiene derecho a fijarse su régimen político definitivo con absoluta libertad.

Existe una legalidad suspendida violentamente con el concurso interesado y humillante de las armas extranjeras, que se debe restablecer, la Constitución de 1931. Mientras otro acto de soberanía nacional no derogue, cambie o modifique la Constitución, a ella habremos de acojernos, apartándonos de los que por la fuerza aspiren a más o en secretos conciliábulos se conformen con menos.

En lo que a nosotros se refiere, la posición política es conocida. Somos republicanos, demócratas y liberales. La República que queremos es esa, y no otra: la República liberal y democrática. Pero la terrible experiencia sufrida nos ha enseñado, y no lo olvidaremos, que los principales enemigos del Estado son los grupos particularistas que atribuyéndose fines que les son ajenos preparan, desde las posiciones astutamente conquistadas, la ruina del propio Estado. Los republicanos sabremos armonizar el derecho individual de los ciudadanos y el legítimo de todas las clases con el más alto, permanente e inviolable de la sociedad.

Realizada que sea la consulta electoral, el deber de los españoles sería someterse al fallo de la nación. Lo haríamos nosotros sirviéndolo directamente si se acomodara al designio republicano, o respetándolo apartados de toda acción de rebeldía violenta si aún siéndonos adverso, concediera a los españoles un estatuto jurídico, en el que las ideas políticas, religiosas y sociales no constituyan motivo de diferencias en la relación con el Estado.

La permanencia e integridad de la nación y el cumplimien-

to de sus fines internacionales, superiores a los intereses y principios de los partidos, señalan ahora la necesidad de rehacer el hogar español sobre la base de la vountad soberana del pueblo. Otra línea política la consideramos divorciada del interés general y contraria al deseo de que se restañen las heridas, se enjuguen los llantos y se logre la paz.

Una última pregunta que brota de muchos labios sube a los nuestros: ¿Tienen medios los españoles para rehacer sus vidas y recobrar la dirección de sus destinos? En las horas más lóbregas de la historia, el pueblo español ha encontrado su camino de salvación. Lo encontrará, ahora, también. La seguridad de ello se cifra en que ya aparecen reunidas las fuerzas constructivas de la sociedad, ansiosas de poner término a la jornada de horror.

Con esta convicción nos dirigimos a nuestros compatriotas excitándoles a que sirvan los deseos con la acción, hasta lograr, tenaces e incansables, la recuperación de la libertad y la salvación de España.

14 de abril de 1940.

EX-PRESIDENTES DEL CONSEJO DE MINISTROS

Barcia Trelles, Augusto; Giral Pereira, José; Martínez Barrio, Diego (Presidente de las Cortes)

EX-MINISTROS: Albornoz, Alvaro de (Expresidente del Tribunal de Garantías Constitucionales); Blasco Garzón, Manuel; Franchy Roua, José; Gordón Ordás, Félix; Hernández Sarabia, Juan; Just Gimeno, Julio; Miaja Menant, José; Ossorio Gallardo, Angel; Pozas Perea, Sebastián; Salvador Carreras, Amós.

EX-SUBSECRETARIOS: Alvarez Ugena, Manuel; Asencio Torrado, José; López Malo, Aurelio.

EX-DIRECTORES GENERALES: González López, Emilio; Martín Luna, Antonio; Pascual Leone, Alvaro; García López, Alberto; Puigdollers, Eladia F.; Royo Gómez, José; Sol, Vicente; Tortuero, Julio.

DIPUTADOS A CORTES: Barrio Duque, Moisés; Escribano, Roberto; Fernández Vega, Félix; Jaén Morente, Antonio; Laredo Vega, Luis; Méndez Martínez, Juan Antonio; Menéndez Suárez, Angel; Pina, Rafael de; Ruíz Rebollo, Ramón; Velasco Damas, Luis; Villaverde, Elpidio.

EX-DIPUTADOS: Carreras Reura, Francisco; Castrovido, Roberto; López Dóriga, Luis; Marcial Dorado, José; Mateos Silva, Manuel; Ruíz del Río, Jesús; Ruíz del Toro, José; Villa, Antonio de la.

GENERALES: Llano de la Encomienda, Francisco; Menéndez, Leopoldo.

CORONELES: Carvajal Sobrino, Aniceto; Morales, Gaspar; Sánchez Paredes, Rafael; Redondo Ituarte, Fernando; Riaño, Angel; Riaño, Luis; Salafranca, Mariano; Sierra, Rafael.

EX-GOBERNADORES: Cardero, Antonio; Palencia Túbau, Ceferino; Parra, Lucas; Piqueras, Alfredo; Solozabal, Fermín.

CATEDRATICOS: Bolívar, Cándido; Bolívar, Ignacio; Caballero Fernández, Justo; Cuatrecasas, José; Cuatrecasas, Juan; Giral, Francisco; Jiménez González, Enrique; López López, Eduardo; Márquez, Manuel; Rubia Barcia, J.; Vázquez, Gayoso Jesús.

CONSUL: Morayta, Emilio.

EX-PRESIDENTE DE DIPUTACION PROVINCIAL: Valle, Higinio G. del.

La siringa

(Artículo *inactual* para reflexión de costarricenses despiertos. Recorte de *El Tiempo*. Bogotá, 7, III, 40).

Se va a reeditar, en la vida de América, la historia grotesca de las caucherías. Anuncia el cable que Ford, el omnipotente, establecerá en Brasil una gran factoría de caucho. Y esto nos toca muy de cerca.

Una ancha porción del territorio colombiano fue escenario, al comenzar el siglo, de aquellos sucesos truculentos que tánto funcionaron en cierta laya de relatos y de novelines, dándole pábulo a una literatura tan insincera como inútil. Entre nosotros "La Vorágine", épico canto a una selva imaginada y con ella, ya nos unimos a esa modalidad literaria. Más otras cosas, reales, ignoradas, ocultas, como "Toá", nos hicieron partícipes de una trágica y pavorosa desdicha humana. En el Putumayo y en el Caquetá, en el Vaupés y en el Amazonas, en el Igaraparaná y en el Muriti, millares de compatriotas nuestros sucumbieron estrangulados por el abrazo violento de la codicia; por los tentáculos traidores y cobardes de un árbol en el cual la bondad de la naturaleza se hizo maldición y desgracia: la siringa.

En El Encanto, sobre el Igaraparaná, se ven, aún, las ruinas de la factoría de los Arana. Son unos altos paredones, a donde se arrima la lujuriosa maleza, asiéndose a las curvas sensuales de las columnas y borrando la vanidad de los dibujos multicolores, por entre cuyas líneas caprichosas iba jugando la mirada del amo borracho, en tanto que en el amplio salón atestado de humo negro de yagué, cundido de tufos de cachaza y de hedor de perfumes lascivos, la peonada danzaba al compás de los tamborcitos, consumiendo en una sola noche el precio de años enteros de esclavitud. Más a lo lejos, en las mismas riberas del río tierno, se descubren las estacas de los vetustos barracones. Los palos de la tortura. Las chontas y las yaripas de las casas de indios y los hacinamientos de latas podridas, único rastro del comisariato poderoso. Todo esto, como lo podréis suponer, es ruina, desolación y vencimiento. Pero... la siringa?

La siringa no ha sido vencida. Os adentráis, por las trochas y picas, bajo la bóveda húmeda, bochornosa y aviesa de la manigüa, centenares de kilómetros, y allí está la siringa. Tiene una piel gris, rica, tibia y amorosa. Sus ramas y gajos se traban, con las lianas, los bejucos y los matojos, formando la bóveda de ese firmamento infernal. Los árboles más gordos no tienen metro y medio de diámetro. Los observáis de abajo a arriba. Reventados por el calor; llagados por la humedad y las lluvias, van soltando su podrida riqueza. Un poco más arriba, enseñan las cicatrices del pasado laboreo. Una, dos, diez picadas. Uno, diez kilos de siringa. La vida de un hombre. Las horas de tremendo abandono, con el desamparo de Dios, manejando el "pipo" brasilero. Y el regreso al "fundo", con el panecillo de goma. Y la compra de cachaza y el hallazgo del amor en la noche sandia, para firmar, en la madrugada desastrosa, el nuevo recibo, mediante el cual se regresaba a la selva, a picar la siringa, por un mes; por un año; por toda una vida.

Nada de lo que se ha dicho en los novelones de fama, se compadece con la justa verdad del siringuero. La atrocidad de la época buena—y fue con la otra guerra—supera a cuanto se ha publicado. Esa lamentable experiencia humanizará la explotación del caucho en América? Es dudoso. Donde hay caucho, la vida es turbia. Turbios los ríos. Turbia la atmósfera. Turbia la mirada de los hombres. La siringa malea, enajena, transforma y enloquece. La selva no se deja arrebatar su tesoro sin cobrar, con dura servicia, un crecido precio, en vidas humanas, en virtudes humanas; en dichas humanas y en humanas alegrías.

XIMÉNEZ



Tres poemas

(Para el *Rep. Amer.* Bruxelles, 18, II, 40. Versión castellana de Adela García Salaberry, argentina).

Los que se cruzan

Nunca nos habíamos encontrado...

Enseguida tuvimos la impresión de reconocernos
después de un largo viaje.

Juntos bebimos un poco de alegría al árbol de
la vida
y todas las cosas se rodearon de felicidad, de inten-
sidad horizontal,
indefinida.

Conozco tu ser y sus esperanzas,
sus angustias y sus posibilidades,
la extensión de tu etérico;
todo, de la absoluta verdad que te perfila.

Cantemos a capricho de las hojas, de los inesperados,
de los pájaros y de las similitudes.
Mi tiempo es certidumbre; mi medida, intuición.
La vida se recrea en nosotros,
añade la novedad,
determina un instante.

Detengamos la marcha y la existencia
el momento postrero de la divina ruta
para inscribir en la eternidad
nuestra convicción en un hecho realizado.

Pastoral

Te sitúo en el viento, en la frescura del aire, en el
color de la avena.
Azul celeste y nube,
tu imagen,
colina en declive;
el campo que sube geométricamente,
límite de árboles.

La paz pasa rodando sobre los trigales.
Alondra en confidencia y palomas que cosechan
Perfume del grano, tibia atmósfera con sabor de niñez.
Corto la espiga,
la mastico y se agranda mi ser al mirar la extensión,
limita mi pensamiento
todo horizonte.

Niñita

(A Ethel, mi hija).

Tú hablas entre dos canciones y juegas con un
poco de espacio.
Allí, el sol brilla aunque tus sueños se busquen
dentro de otro color.
Con un poco de aire,
un poco de frescura,
con un poco de ilusión, organizas el mundo y pueblas
el horizonte.
Con mucha inconstancia
y poca continuidad,
tú materializas las esperanzas,
desplazas al viento,
provocas novedades
y pasas a otros juegos.
Tus recuerdos son indecisos y piden a la imaginación
el precisarlos.

He sacado de este sueño incierto un poco de mi realidad.

JEAN GROFFIER

Un cuento y dos poemas

(Para el *Rep. Amer.* Santiago, Chile, marzo de 1940).

Yo estaba tumbado en la hamaca. Juancho se había quedado arrecostado en la puerta y desde allí veía cómo iba rodando la oscuridad desde los montes trayendo los aromas de las sombras. Olía a jazmín, y geranio y a veces el olor más penetrante, almizclado diría, de algún animal montaraz que nos rondaba.

Los sapos habían comenzado a hacer sus gárgaras de voces y el ruido lleno permitía adivinar sus panzas gordas y sus pescuezos como fuelles hinchándose por momentos.

—Mirá, Juancho, contame algún cuento, vos debés de saber.

—Vaya, que tiene gracia, pedirme que le cuente cuentos, con lo crecidito que está.

—Sí, no te hagás el rogao, ve que así se nos pasa el rato a ver si cogemos el sueño.

—Con que quería que lo durmiera?, si quiere le canto "La Casita".

Me dijo esto y yo sentí, viéndole las espaldas, que bajo el bigote le había andado una risa de sana ironía, pero volví a la carga.

—Bueno, le voy a contar uno que le contaba a mi finada Hermida, cuando trabajamos en la línea. Ella nunca lo entendió porque siempre se rió cuando llegábamos al final, y yo creo que no es un cuento para reírse. La verdad, mire, que yo le digo que no lo entiendo mucho tampoco porque me pongo a pensar en él y se me enreda al ratito todo lo que se me ocurre. El maestro de Guápiles me lo oyó una vez y me dijo que era un cuento filosófico, tal vez sí sería porque en ese tiempo yo sabía de leer, y me prestaba libros don García, donde trabajaba de concertada la esposa de mi tío Antonio y así me los conseguía. Pero ya es mucho de darle la lata, óigalo a ver qué le parece a Ud., que dicen que entiende de eso.

Resulta que en la poza que queda debajo del puente, se estaba ahogando una muchacha, se había ido a bañar, se desnudó y se congestionó, y ahora la había agarrado el río y la tenía allí dando vueltas. Pasó por arriba del puente un hombre y dió en ver para abajo y allí la vió y dijo, tapándose los ojos:

—Jesús, si está desnuda.

Entonces se quitó la camisa y se la tiró al agua y muy calmado siguió su camino.

Era la Moral.

Y detrás de ése venía otro hombre que traía un bollo de pan y les venía dando migas a los pájaros, y entonces vió la mujer y dijo llevándose las manos a la cabeza:

—¡Pobrecita!

Y le tiró un pedazo de pan que le quedaba.

Era la Virtud.

Y después de ése venía otro hombre que venía silbando muy contento y llorando muy triste, y lo hacía al tiempo porque le reía la boca y le lloraban los ojos, y vió la mujer en el río.

Ya tenía la boquita redonda, y ese era el centro de todas las ruedas que le hacía el agua alrdededor con los remolinos y había tragado ya tánta agua, que la pancita morena se le había hinchado y parecía más bien una tinaja.

Y al verla, sin acordarse que no sabía nadar, se tiró al agua.

Y se ahogó con ella.

Ve don Joaquín, como era un cuento muy triste.

Y se quedó mirando a lo lejos.

En la sierra habían aparecido las estrellas, y como abejas de luz laboraban su panal en la noche.

Más cerca, los cocuyos, tejían alrededor de nosotros su alambrada de luz para protegernos de la sombra, y arriba, en el techo, estaba un cuerito de venado clavado con cuatro clavos de plata, para que se terminara de curtir, y los clavos brillaban también. Juancho se había metido la mano por debajo del sombrero, pensando en el cuento que había contado tantas veces y que no entendía pero que siempre, no se sabe por qué, le había gustado mucho.

Y así nos llegó la noche.

Plomo en los ojos

Por el campo de batalla van los árboles
con las entrañas en la mano
dando cabriolas locas
sobre una alambrada de espantos.
Y grita la gente al cielo
ávida de milagros:
San Gabriel Arcángel, Querubín Gervasio,
y les cae una lluvia
de escorpiones de lodo y aletas de pescado.
Ay . . . ! La niña grita
contra los mares náufragos
Ay! El ave grita
con sus muslos alquitranados
Ay! Sin sus ojos
Ay! Con los dientes rechinando
(siento en la carne una grúa
que levanta témpanos de asfalto
y ellos tienen un cuchillo mohoso
para cortar el corazón al geranio)
Siglo veinte, descoyuntándose
con sus tropeles de cascos
y los lirios degollándose al alba
y el agua estancada en los vasos.
Los páramos agrestes
frotan en carne viva sus cardos.
Ay! Los huérfanos sin luz.
Amordázalos.
Ay! Los quejidos errantes.
Cállalos.
Ay! El pudor sin albergue.
Mánchalo.
El azufre muerde sus corolas
sobre el arrecife de topacio
y el cáncer explota como una fruta
en la carne de los muchachos.
La paloma se suicidó en el bosque
y el cochero no detuvo su paso
para mirarla exangüe en una hoja
con un puño de luna entre las manos.
La mariposa tiene un dolor niño
y la atormenta el roce del verano
sin que nadie detenga su camino
para mirarle su perfil cansado.
El tren de toros ebrios precipita
sus deseos hirientes sobre el pasto
y no lo miran los celajes de oro
ni los pálidos gritos de los astros.
Ay!
Me canso.

La quena

Habló la caña un sollozo.
Es un sollozo de caña
con agujeros de lágrimas;
una arteria desprendida
del corazón de la raza,
que desangra en melodías
su tristeza milenaria.

JOAQUÍN GUTIÉRREZ

Rápido comentario sobre la poesía de vanguardia

(Para el *Rep. Amer.*)

Trabajo leído por la señora de Sotela en la Asociación de Escritores y Artistas de Costa Rica, la noche del 15 de marzo.

En el presente trabajo, muchos buenos poetas de vanguardia dejo de citar, porque quiero tratar únicamente de los que he tenido la suerte de conocer mejor.

Me interesa y amo la Poesía en todos sus aspectos y en cualquiera de las escuelas en que se manifieste, siempre que sea poesía verdadera. La propia vibración del arte verdadero hace sentirlo y presentirlo; el alma responde al alma, y lo que lleva alma en sí despierta nuestros sentimientos.

La poesía de vanguardia me ha interesado desde que la conozco, época en que mi esposo —Rogelio Sotela—dió una serie de Conferencias en la Universidad de Panamá y aprendí entonces a descubrir y a gustar los secretos del Arte Nuevo. Y es, en el sentido—manifiesto siempre—de presentar el aspecto más humano, que me ha interesado el arte de vanguardia.

Así en la poesía vemos:

el chacalín que tiene
sólo una voz
muy clara
con que vender periódicos
al alba.
. . . . .
Chacalín de la cara tan sucia
y tan franca
todita lavada de lágrimas.

(Gutiérrez Mangel)

Y desde las Antillas nos llega como un grito proletario la voz de Mariblanca:

Arriba los pobres del mundo,
de pie los esclavos sin pan!

Pero ocurre en esta poesía nueva que múy fácilmente se cae en el error de que un malabarismo desajustado y sin sentido es poesía de avanzada. Encuentran algunos muy fácil acogerse a la nueva técnica para hacer versos: el metro libre, la adopción del vocablo prosaico de la nueva escuela... les parece cómodo... y es en esto, precisamnete, en lo que ha de revelarse el genio.

La verdadera poesía—dice León Felipe—a quien tuve la suerte de conocer y tratar en la época de aquellas conferencias, que alentó el infatigable Méndez Pereira,—"es siempre la especie inmortal, es el espíritu humano en su inagotable fuerza creadora, que queda vivo siempre a través de la caducidad de las escuelas."

Las escuelas pasan, pero la que es verdadera poesía—en cualquiera de las escuelas en que se haya inspirado—no muere. El tiempo depura el arte y va quedando sólo aquello que es arte verdadero.

En esta escuela nueva, en una absoluta fidelidad a la idea, la metáfora es expresiva del valor del verso; de ahí que no importe si la forma es justa o dislocada, simple o complicada, mientras la idea se manifieste en ella con todo su vigor y en una forma nueva, exprese toda su belleza "en un celaje de zanahorias" o nos dé una sensación perfecta en "una claridad de agua con peces de luna", o nos diga García Lorca en su más lírica expresión:

Un brazo de la Noche
entra por mi ventana,
un gran brazo moreno
con pulseras de agua. . .

Tiene tal valor la metáfora en el verso nuevo que encontramos poesía que se manifiesta en una sucesión de perfectas metáforas como éstas del gran poeta de Colombia, Eduardo Carranza, que dan una exacta sensación de ausencia:

Sin un pañuelo mordido
por dientecillos de adiós
yo me quedaba clavado
con la aguja de su ausencia
sobre el muro de la tarde
sin nada, sin nada, igual
que las bandejas del viento...

En un retorno al clasicismo la poesía nueva encuentra en el romance su expresión más pura, más humana—ya que el lenguaje está organizado por la respiración para hablar en octosílabos; y esta forma que usaron los clásicos españoles desde el siglo XIII—puesto que el romance nació con la Epopeya del Cid—ofrece al verso nuevo la forma más ajustada a lo natural.

A propósito del calificativo *de vanguardia* dice un tratadista español: vanguardista es todo ideario poético en el momento en que choca violentamente con la estética dejada atrás. De modo que no hay escuelas vanguardistas sino momentos vanguardistas en cada escuela. Los clásicos innovadores fueron vanguardistas en su época; José Asunción Silva fué poeta de vanguardia en su época, y casi puede decirse que lo es todavía.

Si queréis ser modernos—oí decir a don Roberto Brenes una tarde en Radio Athenea— "id alos clásicos": Lope de Vega, Garcilaso, San Juan de la Cruz...

Y sin precisar una muy fina observación podemos advertir en García Lorca un Lope de Vega redivivo.

Si en la poesía influyen los clásicos, los primitivos, a mi juicio influyen más en la pintura —en la reminiscencia que nos trae la línea nueva de lo que conocemos de épocas desaparecidas —como en el color puro de la pintura futurista — así admiramos en las líneas de milenios, descubiertas en Theotihuacán el ocre puro, el azul sin mezcla, y el indio nos da su tono vivo en el zarape.

En la risa franca con que se expresa el negro, el artista de hoy, como en una iluminación, encuentra la igualdad de espíritu.

Si en la metáfora se expresa la más viva innovación del verso nuevo, la adopción del vocablo prosaico, que también se advierte en algunos de los romances clásicos, responde a la absoluta liberación de prejuicios, y corresponde en algunos poetas como Alberti o Pablo Neruda a una naturaleza que por ser rica, como dice Gabriela Mistral, es desbordante y desnuda.

Sin embargo, Juan Ramón Jiménez, "el Tagore andaluz", el exquisito glorioso autor de Platero, nos muestra cómo puede ser fino y delicado el verso en el más puro vanguardismo y así dice en este poemita suyo:

¡Canción mía
canta antes de cantar;
da a quién te mire antes de leerte
tu emoción y tu gracia.
Emánate de ti fresca y fragante.

Otro poemita suyo, de Piedra y Cielo, libro que lo define en la nueva escuela en 1918:

Arranco de raíz la mata
llena aún del rocío de la aurora
¡Oh qué riego de tierra
olorosa y mojada,
qué lluvia, qué ceguera de luceros
en mi frente, en mis ojos...!

Y vale la pena que digamos aquí la poesía

de Juan Ramón más expresiva de su ideario poético que nos da la completa evolución de su poesía:

Vino, primero, pura,
vestida de inocencia.
Y la amé como un niño.

Luego se fué vistiendo
de no sé que repajes.
Y la fui odiando sin saberlo.

Llegó a ser una reina
fastuosa de tesoros...
Qué iracunda de yel y sin sentido!

...Mas se fué desnudando;
y yo le sonreía.
Se quedó con la túnica
de su inocencia antigua.
Creí de nuevo en ella.
Y se quitó la túnica;
y apareció desnuda toda.
¡Oh pasión de mi vida, poesía
desnuda, mía para siempre!

En estos versos "se distinguen tres épocas: una, de pureza inicial; un segundo período de enriquecimiento, y una tercera definitiva de depuración"...

García Lorca nos da su alma entera en Cante Jondo; y en Romancero Gitano la gracia de su verso ágil. Los Machado, que empezaron en época de influencias decadentes y que en 1924 se definen en su orientación a la nueva lírica son de los más delicados y finos exponentes de vanguardia.

José María Hinojosa, Souvirón, Emilio Prados y Manuel Altolaguirre nos dan desde el sur andaluz su más depurada y valiosa poesía en: *La Rosa de los Vientos, Vuelta, Conjunto, y Soledades Juntas.*

Alberti sí, es dislocado y multiforme—como dice Souvirón—. Asé es su verso, dislocado y multiforme ¡pero en él hay genio! El salto lo da en *Cal y Canto* y se libera *Sobre los Angeles.*

Y Rafael Caneva en su *Elegía* a Fernando Villalón "muerde con su grito el horizonte".

Luis Cernuda, León Felipe, Gerardo Diego, Moreno Villa, Pedro Salinas, Jorge Guillén, nos dan en su poesía profundamente humana, el aspecto nuevo del verso que nos llega desde España. En nuestro continente tenemos entre los grandes poetas de vanguardia, a Ricardo Reyes en Chile, con el seudónimo glorioso de Pablo Neruda: formidable poeta a quien debe América su orientación en la poesía de izquierda y es, después de Rafael Alberti, "pirata" de su verso original, el que más ha definido su personalidad en el vocablo violento y crudo; y con Pablo Neruda en Chile, a Vicente Huidobro. Y en el Perú, con César Vallejo, desaparecido ya, Magda Portal y Alberto Hidalgo, en un concepto vanguardistas, pero en el Perú este movimiento de los nuevos es clasificado más bien como aprista. Y más al norte, en Colombia León de Greiff, cuyo origen escandinavo, como dice Luis Alberto Sánchez, da a su poesía cierta imaginación nórdica sobre la criolla:

Yo anhelo tus ilimites planicies: hielos glaucos,
brumas, nieblas—última Thule—para ulular
mis turbios himnos ráucos!

Y con León de Greif, Eduardo Carranza, cuyo verso me suena a veces como rumor de aguas pasando por una enorme garganta:

Como un poema perdido
en medio del corazón
como una estrella de sangre
en la cima de mi voz,
como un relámpago inmóvil
sobre un río de temblor...
. . . .
entre paredes de angustia
y altas aguas de congoja.

Y a veces me suena cristalina como el agua que se quiebra:

Eres una mañana vestida de muchacha,
más bien de luz morena eres un largo día.
La brisa de tu traje floridamente vuela...

Verso éste que merecería él solo completo comentario: la brisa de tu traje floridamente vuela. La sensación es perfecta en una forma perfectamente nueva. Arturo Camacho Ramírez: como comenta Darío Achury, es poeta ciento por ciento, espontáneo en su expresión no malabariza, habla:

Tu boca es en el beso naufragio y salvavidas
a qué abismo me lanzas como un pez azorado
y me recoges luego en tu red infinita.
. . . .
Dime ahora de qué estrella se nuetre tu mirada
para saber qué sitio del horizonte es mío.

Y con ellos, Jorge Artel, por el ancestro hermano de Emilio Ballagas:

En él late un recuerdo aborigen
una africana aspereza...

¡Cumbia! Mis abuelos bailaron
la música sensual...

Y ya en el Istmo, con Rogelio Sinán: Demetrio Korsi, Roque Javier Laurenza y Rodrigo Miró, poeta de estirpe, pues que su padre el laureado y glorioso Ricardo Miró—a quien tánto conocí y admiré, cuya muerte nos sorprendió dolorosamente el 3 del presente mes, tuvo siempre el cetro de la peosía de su país. Y siguiendo siempre al norte, en la tierra cuzcatleca un nombre que evoca majestad ¡poeta de la vida Salarrué!

Y más al norte Flavio Herrera y sus Hai Kais. Y aún más al norte, ya en la tierra azteca: González Rojo, poeta de estirpe también, cuya reciente muerte prende dolor en el alma de quienes lo conocimos y lo admiramos; Maples Arce, Icazbalceta, Torres Bodet, José Gorostiza, Carlos Pellicer y en la gran Antilla, la tierra de Navarro Luna, de Eugenio Florit, de Juan Marinello y de Ballagas, con Mariblanca Sabas, Josefina Núñez.

Y siguiendo, en el país de Albizu Campos, Llorens Torres. Y siguiendo al sur: en Venezuela Antonio Arráiz con sus Cinco Sinfonías. Y en el más lejano sur Sabat Ercasty, Blanca Luz Brum y Fernán Silva Valdés. Y ya en el Plata: Luis Cané, con su Romancero Del Río de La Plata.

Poetas todos estos, representativos del más alto vanguardismo en nuestra América.

En Costa Rica tenemos: a Carlos Luis Sáenz, espiritualista más que ninguno; como Juan Ramón Jiménez, es un devoto de la perfección de la forma, su verso es música; su poesía orientada como su vida misma, define su personalidad magnífica. Joaquín Gutiérrez Mangel, talento vigoroso, positivo; su poesía es honda, desgarradora a veces, profundamente intencionada; sus metáforas son acertadísimas, su visión de poeta capta de todas partes la belleza que pasa desapercibida para las multitudes. Max Jiménez: emotivo y sensitivo, complejo más que ninguno, enamorado eterno de la belleza deja perder sus "ojos de Oriente con gesto de camello" en el halo plateado de la luna... Y después de abstraerse unos instantes, volviéndose a quienes le rodean, dice en el tono más tranquilo: esta luna de hoy... puede que me sirva dentro de un año... y se despreocupa totalmente del asunto, seguro ya de que aquella visión que lo impresionó no se irá más de su mente visionaria. Isaac Felipe Azofeifa, encuentra poesía en cualquiera de los asuntos que lo rodean, en los motivos más corrientes y comunes de su vida propia, como su gran maestro Pablo Neruda. Rodrigo Facio, delicado soñador, su verso sereno en la forma, es revelador de una poderosa inquietud interior. Arturo Echeverría Loría, poeta de mar y cielo, atormentado de infinito,

el viento marino impulsa su vida
en ruta de estrellas al azul del mar.

Mayorga Paniagua, de orientación socialista definida. Fernando Luján, cuyo verso es de tersura, como el agua clara que deja ver en su fondo una estrella. Paco Amighetti, consciente en el propio subconsciente; sus versos revelan al poeta de alma, artista hasta en la última fibra de su sér. Todos estos poetas nuestros de vanguardia ¡todos! captan en su poesía el sentido consciente de la democracia, signo de la nueva raza.

Y una poetisa que hace veinte años que se alejó de este suelo y que es muy nuestra aunque hoy lleve unido al suyo un nombre ruso: Fresia Brenes; es una guaria, oí decir a su padre el gran pensador Brenes Mesén, precursor del arte nuevo en nuestra tierra. Fresia Brenes Hilarova se da en sus versos como la orquídea de seda de nuestros campos... luminosa, sencilla en el decir, intensa en el sentir; sus versos puede vivirlos toda alma de mujer que sienta. Siente ella la gestación del verso en su alma de artista y no pudiendo hacer suyas las horas todas de sus días, sabia se coge las horas de la noche:

He dado las horas de mis días.
Calla rebeldía matas mi alegría.

Luz tranquia, luz del día,
no puedo hacerte mía!
Al morir el sol me dicen los celajes,
son tuyas las sombras de la noche.
Horas de silencio, de recuerdo, de melancolía.
¿Será mi canto salpicado de estrellas?
¿Hilado de luna? ¿O aterciopelado en
(tinieblas?

Son las horas de la noche,
diamantinas joyas mías.

Duerme mi compañero y duermen mis hijos.
Callados mis pies se deslizan
sobre alfombras frías,
para huirme con las horas mías.
Benditas las horas de la noche,
diamantinas joyas mías...

Y ya que de poesía tratamos, justo es decir y hacer sentir aquí, aunque es reconocido de todos, que el *Repertorio* del Maestro García Monge es la antena que recoge siempre la voz de las vanguardias del mundo entero: en sus páginas la madera tallada, que habla sin palabras; en sus páginas el cuadro de mañana, la escultura futurista, la estrofa vibrante de sugerencia...

Y terminamos con el concepto fundamental de León Felipe, expuesto en una de sus tesis sobre Poesía Integral: "La poesía se ajusta a nuevas modalidades, pero en esencia es la misma cuando es verdadera poesía;" así sea parnasiana—la más alejada de la escuela de vanguardia—clásica, romántica, folklórica, moderna o vanguardista.

Y Souvirón nos dice: No hay poesía buena ni poesía mala, hay poesía o no hay poesía, o mejor dicho, hay poesía, a veces se coge y a veces no se coge.

Y finalmente un juicio de Azorín nos dará un concepto claro: la labor de la nueva poesía es la de reducir a cuadrados los círculos. Hacer rectilíneo lo curvo y profuso. Una poesía de Guillén, de Salinas, de Alberti, de Souvirón es un conjunto de líneas de una sobriedad maravillosa.

AMALIA DE SOTELA

San José, Costa Rica, 15, marzo, 1940.

Pienso en Alfredo Suárez

(Para el *Rep. Amer.*)

Se acostumbra hablar de los artistas sólo en dos oportunidades: cuando exponen o publican, o cuando se mueren. Entonces todos nos sentimos obligados a un breve comentario, y hay revuelo. Pasajero, como todo revuelo. Nosotros olvidamos con excesiva rapidez. Hoy he pensado en un poeta, que es también amigo. Y he querido escribir algo en torno a su personalidad, a pasar de que no ha publicado volumen ni se ha muerto. El poeta es Lisandro Alfredo Suárez, nacido en San Miguel, en aquella pequeña república mía que se llama El Salvador, y está en mi patria que se llama Centro América.

En los inicios de nuestra amistad—recuerdo—nos unió una profunda antipatía. Era una repulsión franca, abierta, intolerable. Buen principio para vínculos hondos, pues no éramos indiferentes el uno al otro. A mí me chocaba su elegancia extrema, un tánto vanidosa. La raya de su pantalón, siempre bien hecha; el ajuste matemático de la chaqueta, que le quedaba—y aún le queda—puesta como sobre un maniquí. Me desagradaban sus maneras finas, de una finura que yo decía almibarada y artificial. Siendo casi de la misma edad, entre los 17 y los veinte años, nos tratamos siempre de *usted*. Era una especie de defensa recíproca. No queríamos confianza, y *usted* era una palabra bien calculada, que se interponía entre él y yo. Supongo que a él le sería desagradable en mí lo que para mí es más caro: este desgaire en el vestir, que no es andar sucio ni indecente pero que, con todo, es lo más opuesto que hay a la elegancia.

Decididamente, no nos habíamos comprendido.

La comprensión empezó cuando ambos logramos amigos comunes. La poetisa María Loucel, que es un corazón inmenso; el joven Miguel Angel Espino, que es la prosa hecha carne. Una noche, reunidos Miguel Angel, José R. Castro, el poeta hondureño que hoy vive en La Habana, Alfredo Suárez y yo, en una fonda de barriada, al rededor de unas copas, rompimos el absurdo *usted*. Con el tú nos empezamos a conocer y a apreciar. Era natural. Poco a poco, fuí entrando al corazón de su poesía.

El corazón de su poesía es él mismo. Así de complicado y de elegante. Así de versallesco.

Eso de las teorías nuevas sobre la función social del arte, no ha logrado entrarme en la mollera. Dios me perdone, si ello es pecado. Parece que sí: he leído en "El Ocaso de la Democracia" de Zum Felde que "la conciencia del intelectual pierde hoy la voz, a menos que hable en la plaza; porque todo interés está ahora allí, y no quedan oídos para las palabras que no tengan contacto con la acción". Pero para mí que el verso no debe ser un manifiesto político, so peligro de dejar de ser poesía. No obstante, tampoco he creído que a estas alturas del tiempo fuese lícito al poeta estar cantando cosas intrascendentes a las damiselas. El amor sigue siendo fuente de poesía; pero el amor se universaliza, se agiganta a través del poeta, cobra valor cósmico, yo diría. Y en los versos de Lisandro Alfredo Suárez me encontraba una cosa distinta. Lo que yo he seguido llamando "poesía de salón". Versos para ser dichos al oído de las mujeres soñadoras, cuando tres o cuatro copas de licor las tienen ya expansivas en los bailes de etiqueta.

Hoy no señalo eso como defecto. Lo señalo, solamente. Y aún me atrevería a decir que eso, que en cualquier otro sería pecaminoso, en Lisandro Alfredo Suárez es virtuoso. Porque él es así. Porque el hablar a condesas, marquesas y princesas, es algo inherente a su personalidad. Hombre amador—mal amador y buen amador—, se entusiasma por las niñas, les dice palabras llenas de emoción, les deja un remordimiento de regalo, y se vá. Todo eso es muy romántico. En sus poemas no encuentro yo otra cosa. Bien hicimos los amigos de entonces apodándolo "Marqués de Bradomín". Como pudimos llamarlo "Lord Byron" o "Wilde". Tiene algo de cada uno de ellos. Con el autor del "Retrato de Dorian Gray", Lisandro Alfredo Suárez diría muchas cosas acerca del arte puro, del que no es indispensable entender para catar.

HUGO LINDO

Santiago de Chile, diciembre de 1939.

*

Dos sonetos

(Envío de *Hugo Lindo*. Santiago, Chile, diciembre de 1939).

DEFINICION DE UNA VIDA

I

Yo he pulido mi vida con gallarda elegancia,
puestos mente y espíritu en catar de los vinos
que el placer y el amor en las bocas escancia,
y tiñe nuestros labios con tintes purpurinos.

He perfumado mi alma con la sutil fragancia
de todas las locuras que cruzan los caminos.
La aventura me ha dado esta fiera arrogancia
que pone en mis pupilas sus destellos felinos.

Moralidad no tengo, virtudes yo las hago,
arcángel en el arte, demonio en el estrago,
contra todas las normas he lanzado mi reto,

Como divisa llevo esta frase encendida:
Que bien vale la pena de romper una vida
si sobre esa tragedia se cincela un soneto.

II

Caballero del arte y la locura,
encendido de amor y melodía,
mi vida es una férvida aventura
con mucho de tristeza y de alegría.

Atormentado por la forma pura
quiero colmar mi canto de ufanía,
y venciendo la gloria que perdura
ser audaz capitán de la armonía.

Así al caer mi vida en el ocaso,
que los hombres se inclinen a mi paso
como ante el mago musical del verso,

y evocando mi antigua bizarría,
las doncellas murmuren a porfía:
Fué un gentil amador algo perverso.

LISANDRO ALFREDO SUÁREZ

Tome y lea

(*Viene de la pág. 167*)

tórico y poético. La Casa de España en México, 1939.

Antonio García: *Pasado y presente del Indio* (Ensayos). Prólogo de Benjamín Carrión. Bogotá. 1939.

Cortesía del autor. Señas: Apartado 14-50. Bogotá. Colombia.

Como envío del Instituto de Cultura Latina-Americana (Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires) con Arturo Giménez Pastor como Director:

Las Literaturas americanas. I.—Luis Alberto Sánchez: *La Literatura del Perú*. II. — Albertos Zum Felde: *La Literatura del Uruguay*. Buenos Aires. 1939.

Ejemplar, interesante, esta colección. Que prosiga.

Miguel Serrano: *Antología del verdadero cuento en Chile*.

Selección, prólogo y notas de Miguel Serrano. Contiene cuentos de: Pedro Carrillo, Braulio Arenas, Adrán Jiménez, Juan Tejada, Eduardo Anguita, Teófilo Cid, Juan Emar, Cralos Droguett, Anuar Atías, Miguel Serrano, Héctor Barreto.

Cortesía del Sr. Serano. Señas: Vicuña Mackenna, 116. Santiago de Chile.

De Alfonso Reyes nos llegaron dos cuadernos:

Archivo de Alfonso Reyes: Serie D. (Instrumentos) Nº 1: *Introducción al estudio económico del Brasil* (1936) México. 1938. Y Serie E (Testimonios) Nº 1: *El servicio diplomático mexicano* (1933). Buenos Aires. 1937.

Señas: Av. Industria 122. (Hipódromo-Chapultepec) México, D. F. México.

En el décimo aniversario...

(*Viene de la página 162*

rra sin cuartel en España, la defensa de la democracia abstracta contra el fascismo real en todo el mundo; el aislamiento de aquellos que seguían pensando por su propia cuenta lo mismo que habían pensado hasta la víspera; la adulación sistemática como elemento de propaganda; el recurso de la unidad a cualquier precio, la política suicida de la mano tendida al enemigo... Y, poco a poco, la corrupción de los mejores, que es la peor.

Hoy cuantos nos resistimos a sumarnos al coro de tan huero oportunismo, para no decir otra cosa, estamos en el deber de formar en torno de la esclarecida figura de Mariátegui pequeños núcleos de hombres libres y desinteresados a fin de que se vuelva a oír otra vez su clara voz de Amauta.

¿Qué mejor homenaje que el de sentirnos en Santiago, Buenos Aires, La Habana, México, amigos de José Carlos Mariátegui no sólo en el décimo aniversario de su muerte sino siempre, mientras conservemos el ejemplo de su vida y de su obra?

ENRIQUE ESPINOZA

Santiago de Chile, 17 de abril de 1940.

EDITOR:
J. GARCIA MONGE
CORREOS: LETRA X
TELEFONO 3754
En Costa Rica:
Suscrición mensual ¢ 2.00

Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

El suelo es la única propiedad plena del hombre y tesoro común que a todos iguala, por lo que para la dicha de la persona y la calma pública, no se ha de ceder, ni fiar a otro, ni hipotecar jamás.—*José Martí.*

EXTERIOR:
EL SEMESTRE: $ 3.50
EL AÑO: $ 6.00 o. am.
Giro bancario sobre Nueva York

Lo que hizo con sus puños

(Recorte de *La Nación*. Santiago, Chile, 17. II. 40. *Envío del autor*).

Iquique, el viejo puerto del salitre, del guano, del cobre y de la plata, vegeta en franca decadencia. Sus grúas y sus muelles enmohecen en el ocio forzado. El agua de las lluvias, cuando canta su canción efímera en los tejados, no dejaría mayores huellas que el tránsito de la fortuna dejó en Iquique.

No obstante su pobreza, el puerto norteño dió al deporte tres ases: Quintín Romero, Loayza y Godoy. Estos luchadores populares me recuerdan a los toreros en la España de la monarquía. El dinero en España carecía de velocidad: se momificaba en las arcas de capitalistas sedentarios, en papel del Estado, en bonos para viudas, en tesoro nacional y propiedades hereditarias de los Grandes de la Corte. Un millonario, se contentaba con llevar la existencia parasitaria del que cuenta con mayordomos, delegados y lacayos para cobrar un 3½ por ciento, lo bastante para vegetar en ocio suntuoso.

Entonces los toreros se abrían camino "por riñones". Exponían su vida gallardamente en las arenas. ¡Vive Dios! Eran los héroes del pueblo. Le preguntaron a un torerillo andaluz si temía las cogidas. Sonrió. Después dijo:

—¡Peores cornás da el hambre!

Cientos de torerillos murieron en las capeas, otros triunfaron "con el corazón por delante", y entonces, y sólo entonces pudieron alternar con los duques y marqueses, quienes les sentaban a su mesa. El torero, antes de las corridas, se encomendaba a la Virgen Santísima y a su madre. Los montones de duros que acumulaba, servían para levantar el nivel de su familia, de otra manera condenada al hambre y la decadencia. Cuando el turista paseaba por Sevilla, no era raro que un cochero le apuntase la casa de un torero enriquecido, en ese modelo de las alamedas chilenas, que es el Paseo de Hércules. Ahí vivía doña Rafaela, madre de Joselito y de Rafael, estoqueadores en las arenas donde se lucen los machos.

El inquiqueño Godoy, es el trasunto del torero y del caballero al pie de los Andes. Sus puños se abren camino, por corazón y por riñones, con la ventaja de que no martiriza ni mata a ninguna especie de animales. El primer acto, después de recoger el fruto de su coraje, consistió en recordar la cantidad de oscuro heroísmo y de incógnitas fatigas que pasó su madre para darle su existencia de hombre, de caballero y de atleta. Cuando terminó el pugilato de Madison Square, la mirada vaga del hijo del pueblo se condensó en las lejanías de la infancia... de la madre. Pareció que las largas vigilias de la mamita, para sacar adelante una prole preparada y fuerte, tuvieran su premio en la apoteosis universal del match espléndido en el caos de New York. A ella le debe su esqueleto fuerte, su cuello toruno, su decisión, su inteligencia. La mamita se debilitó por él; sus ojos están turbios, las manos cansadas. El hijo la alienta. Tremendo símbolo de una raza, donde las tradiciones de la andante caballería española del siglo XVI, parecen estar muertas en las clases superiorse. Los hombres de la masa popular le vuelven a dar vida y consistencia actual.

Rojas, Plaza, Loayza, Romero, Godoy, Ana Lizana, nombres de la Conquista. Yo los saludo y con el sombrero bajo.

Chilenos desvencijados, abollados, politiqueros, gestores, derrotistas de grandes ciudades... Godoy les manda ponerse de pie, así como en el teatro, cuando las voces de fuego o de temblor producen pánico y se levanta la orquesta para desgranar la Canción Nacional. ¡Pongámonos de pie! Un hombre del pueblo, un hijo de pescadores, con cientos de antepasados en las listas de honor de todas las batallas, nos manda ponernos de pie, cuadrados, las cabezas descubiertas, para dominar el pánico.

Godoy, a fuerza de puños, ha levantado una familia chilena que venía a menos a causa de nuestro nefasto sistema económico centrífugo. Es el sistema económico ausentista y parasitario de señoritos, de duques, de lords, de bajaes y pachás, que los estadistas de Europa están destruyendo para dar salud al trabajo, encima del capital. Godoy ha renovado una familia clásica que se prolonga en la historia desde el siglo XVI. El luchador proporcionó a su madre y a su gente la única forma de resurgir, cual es la de un hogar decente para escudar la vida de la misma, y no un lecho de hospital para que mueran. A la caridad, letal y negativa, de asilos y hospitales, él opuso la ayuda efectiva del crédito y del estímulo.

El sistema de caridad social de enfermos y desahuciados, ha servido para que una clase se sienta fuerte y hermosa en medio de la derrota del pueblo.

Hay centenares de miles de madres chilenas en condiciones deplorables, ausentes de créditos y de estímulos; tísicas, encorvadas encima de sus máquinas de coser hasta la muerte, obligadas a dar el almuerzo a la nidada; lavanderas, cocineras, pequeñas comerciantes... ¡A ellas es preciso proteger cuando todavía están sanas! ¡Eso es lo que Godoy procuró con sus puños!...

De estos hechos desprendemos una lección. Se estaba adentrando en ciertos círculos la idea de un fracaso tan absoluto de nuestra raza, que solamente su extinción podría procurarnos el progreso; su extinción o disolución mediante el aporte de grandes masas emigratorias de países nórdicos. He oído explayar esta enormidad en conversaciones de sobremesa; la he visto escrita en diarios serios y en programas electorales. No sé cómo tenemos la paciencia de repetirla. Se trata de un crimen de lesa patria y también de un absurdo científico. ¿Por qué razones? Porque el clima chileno modifica al tipo europeo rubio. Chile da chilenos. A la terecera generación, los ejemplares de raza nórdica, después de desplazar injustamente a los nativos, comienzan a adquirir los caracteres del chileno antiguo, del criollo. Entretanto, durante el tiempo que tardaron en ser asimilados, sufrimos los fenómenos sociales de envidias y recelos de castas, de despojos y de desorientación que caracterizan a las naciones coloniales.

Los japoneses no andarían pidiendo mozos rubios, nórdicos. de ojos claros, para que fecundaran a sus mujeres. Solamente esclavos libertos y gamonales podrían tolerar parecido lenguaje. Seamos racistas de casa. Sostengamos que la raza nativa pura, saneada, nos daría en pocos años la independencia económica, la orientación en la sociedad, el respeto de las demás naciones.



India patera

Escultura de Luis Albarr y Pliego, mexicano.

El emigrante europeo es superior a nosotros en grado de evolución, pero no en calidad biológica. Sus métodos y mañas comerciales nos destrozan; luego nos suplantan, llevándonos a menos por etapas y produciendo en nuestro ánimo el escepticismo.

Este sentimiento de derrota, de inferioridad y escepticismo, nos ha hecho ingobernables y anárquicos.

En el momento social de 1940, no se podría decir cuál es el tipo genuino de mujer chilena. ¿Por qué? Porque hemos integrado emigración blonda, que todavía la masa popular no ha absorbido, ni el clima ha modificado. Entonces notamos el fenómeno desolador de esas lindas chiquillas morenas que ansían ser rubias, que se afeitan la frente y se tiñen el pelo de color ocre y amarillo canario, hasta parecer grotescos payasos de la lucha y desorientación de pigmentos.

El chileno cuajado y equilibrado en el clima y el paisaje, se ha de volver trigueño. Entonces debiéramos fomentar el tipo de la raza, de bellos ojos y tupido pelo, por cuanto esa es o será la auténtica, la patriótica, la definitiva. No tengamos miedo a la evolución y sacaremos, desde adentro, hermosos ejemplares de raza chilena, invencible, hermosa, fuerte.

La mejor masa de emigrantes duerme en el vientre de las mujeres nacionales.

JOAQUÍN EDWARDS BELLO.